

Libros del Asteroide 

Manuel Chaves Nogales

A sangre y fuego

Héroes, bestias y mártires de España

Introducción de María Isabel Cintas

Notas

César Herrero Hernansanz



A sangre y fuego

Héroes, bestias y mártires de España

Manuel Chaves Nogales

Editorial Libros del Asteroide, 12ª edición, 2019, I-XXVIII y 321 páginas

Notas

César Herrero Hernansanz

Comentario

Les ofrezco mis notas del libro **A sangre y fuego**, de **Manuel Chaves Guindales**. Libro de relatos de 1939, recopilación de nueve episodios, rescatados del olvido por María Isabel Cintas. Relatos con amplio y limpio palmarés: gran valor literario e histórico, ecuanímes, leales, fieles, excelente información ... En lo que influyeron varios factores evidentes: su personalidad y ética, director de *Ahora, periódico confiscado por un consejo obrero, formado por delegados de talleres, ... convertido en periódico gubernamental republicano de máxima tirada* ... centro neurálgico de información militar, político y social de la España republicana. Como dice en nota previa *los datos son auténticos, extraídos de hechos y velados sus nombres*.

Manuel Chaves se define a sí mismo como *liberal veraz, independiente, imparcial y limpio*. Antifascista y antirrevolucionario por carácter, define el conflicto español con profunda agudeza: laboratorio y avanzadilla, por una parte de fascismo, y por otra, de comunismo, socialismo y anarquismo, cuya factura en armas y sangre pagaría el pueblo español. Permaneció en *Ahora* hasta casi el final de la guerra y *cuando advirtió que ... la vida humana había perdido su valor ... y que no era posible mi vida en España, abandoné mi puesto en la lucha ... a sabiendas de que en esta época de estrechos y egoístas nacionalismos, el exiliado, el sin patria, es en todas partes huésped indeseable ... pero soporto mejor la servidumbre en tierra ajena que en mi propia casa ... manteniendo una ciudadanía española puramente espiritual, de la que ni blancos ni rojos puedan desposeerme*.

Describe con maestría procesos muy interesantes:

- a** Escoramiento de socialistas y anarquistas hacia la revolución del proletariado comunista, que no pudo controlar la República de Hazaña.
- b** Violencia en ambos bandos de ajuste de cuentas de grupos como Falange Española, Milicianos y grupos revolucionarios con la población civil, que consideraba enemiga.
- c** Cuestionamiento de las brigadas internacionales, cuyo romanticismo desconocía el avispero al que venían, que describe en el desconcierto del aviador voluntario inglés, que al final, al servicio del gobierno de la República bombardea a la Columna de Hierro de milicianos.
- d** Vio convertirse en comunistas fervorosos a muchos reaccionarios y en anarquistas terribles a muchos burgueses acomodados. Guerra y miedo justificaban todo.
- e** Los frentes de la República, salvo algunos casos, carecerían de soldados adiestrados, oficiales y dirigentes militares.
- f** Chaves se va reconociendo y describiendo en diversos personajes.
- g** En todos los relatos hay extraordinarias descripciones literarias. He aquí una de **Y a lo lejos, una lucecita**: *La calle era una sima honda, larga y negra. Una hendidura en la corteza de un astro muerto. Por su fondo se arrastraba un*

gusanito de luz, un auto, que con los haces luminosos de sus faros barría los zócalos de las altas fachadas. Todo lo que hay de inhumano y monstruoso en la gran ciudad se veía cuando no hay luz y la calle en sombras y sin vida era como una grieta de indiscutible naturaleza sísmica. En aquella desolada profundidad alguien estaba vivo todavía.

h Sin embargo, pasó por alto los asesinatos al margen de los frentes bélicos, como el asesinato de Federico García Lorca u otros, de abundantes religiosos y el enconamiento con el mundo católico.

Es con notable diferencia el mejor relato sobre la guerra civil española. Mi agradecimiento a ambos: a Manuel Chaces Guindales y María Isabel Cintas.

Los textos en rojo son aportaciones mías. Asimismo, les adjunto Índice y paginación de mis notas, que les facilitarán percibir a vista de pájaro una panorámica del libro y búsqueda fácil de temas de su interés y ubicación.

Que lo disfruten.

Murcia, diciembre de 2020

NDICE

Introducción	5
Prólogo	7
Nota	9
¡Massacre, massacre!	10
La gesta de los caballistas	12
Y a lo lejos, una lucecita	19
La Columna de Hierro	21
El tesoro de Briesca	25
Los guerreros marroquíes	30
¡Viva la muerte!	34
Bigornia	40
Consejo obrero	
El refugio	50
Hospital de sangre	52

Introducción

Manuel Chaves Nogales defiende una postura que muy pocos se atrevían a defender en el momento: por encima de los problemas que acosaban a la sociedad, dos fuerzas se habían enfrentado en suelo español para imponer sus criterios, ambas extrañas al país y ambas seno de acogida de todo tipo de seres deplorables, que se amparaban en miles de combatientes, de uno y otro lado, y actuaban movidos por convicciones. Dos ideologías, foráneas ambas, prepotentes y ambiciosas, que utilizaron suelo español para medir sus fuerzas y dirimir sus diferencias: Imperio contra Revolución, fascismo contra comunismo y anarquismo, Hitler contra Stalin. Y en medio el pueblo español inerme, sufriendo en sus carnes el envite brutal que causó, sobre la pérdida de tantas vidas humanas, el inmenso dolor de la guerra. Fuera cual fuera su resultado, el triunfo se asentaría sobre la sangre de inocentes españoles.

Permaneció en España hasta que sintió todo perdido. Había trabajado como director del periódico *Ahora*, de ideología moderada, incluso incautado por las Juventudes Socialistas Unificadas, en su último intento de colaborar en la solución del conflicto, enconado con el levantamiento de Franco contra la República.

De ahí su grandeza: ser capaz de conservar la calma y ejercer reflexión en medio de la conflictiva situación, que junto a su familia estaba viviendo.

Chaves Nogales se definió a sí mismo como *intelectual liberal*. Su trabajo de periodista, siempre al servicio de la República, estaba presidido por la reflexión. Larra, maestro espiritual de Chaves, había dicho: *Ser liberal en España es ser un emigrado en potencia*. Los liberales eran personas que defendían libre desarrollo de personalidad, autonomía de pensamiento, capacidad de decisión independiente y soberana, como parte esencial del ser humano. Autonomía que debía ser ejercida desde diálogo, tolerancia y contraste de pareceres. Fue liberal como tantos españoles de aquel tiempo: Salvador de Madariaga, Gregorio Marañón, Lui Araquistáin, José Castillejo, Josep Trueta, Pablo de Azcárate, Luis Cernuda, Manuel Hazaña, Francisco Ayala ... Como lo definía Francisco J. Laporta *el liberal es veraz, independiente, imparcial y limpio*.

Chaves, *el liberal es veraz, independiente, imparcial y limpio*. Su visión del pueblo español era *un pueblo adulto, que no queriendo la guerra, había pedido insistentemente la paz*. Pacifista convencido, vio claro que España no sería nunca comunista ni fascista.

Ya en el exilio dirigió una carta a Alfredo Mendizábal con una copia firmada del **manifiesto por la paz**, que entre otras cosas, decía: *Un grupo de españoles, que por hallarse en tierra extranjera han podido conservar la libertad de expresión, que hoy falta a casi todos sus compatriotas, tiene la firme convicción de que expresa el sentir de la casi totalidad de los españoles al dirigirse a los jefes de ambas partes contendientes para pedir la paz. Queremos la paz porque es menester que cese la tortura en España. Vamos camino del*

cuarto año de la guerra civil más atroz que la historia conoce. Los muertos son innumerables, los enfermos de cuerpo y mente, los niños nacidos y crecidos en la necesidad, todo el déficit biológico que la guerra ha infligido a España es ya tan espantoso que las consecuencias de aumentarlo sobrepasan con mucho las peores que unos y otros puedan temer de una paz sin victoria.

Queremos la paz porque la ruina económica a que la guerra ha reducido a un país próspero y rico, a un país, que, salvo alguna que otra sombra en su cuadro, era de los más felices de la tierra, es tan grande, que aumentarla es mucho más grave que el peor de los inconvenientes que de una paz inmediata puedan derivarse el sentir de uno y otro ...

Chaves Nogales explicaba las razones de su salida de España: Su causa, la de la libertad, no había en España quien la defendiese. Pag XI-XXII.

Prólogo

A fin de cuentas ... iba sacando adelante *mi verdad de intelectual liberal, ciudadano de una república democrática y parlamentaria*.

Antifascista y antirrevolucionario por temperamento, confiaba en el curso fatal de las leyes de la evolución. Todo revolucionario, con el debido respeto, me ha parecido siempre tan pernicioso como cualquier reaccionario.

Mi única y humilde verdad, que pretendo sacar adelante, merced a mi artesanía y a través de la anécdota de mis relatos vividos o imaginados era un odio insuperable a estupidez y crueldad; aversión natural al único pecado que para mí existe, el pecado contra la inteligencia, el pecado contra el Espíritu Santo.

Pero estupidez y crueldad se enseñoreaban de España. ¿Por dónde empezó el contagio? Los caldos de cultivo de esta nueva peste, germinada en el gran pudridero de Asia, nos lo sirvieron los laboratorios de Moscú, Roma y Berlín, con etiquetas de comunismo, fascismo y nacionalsocialismo, y el desapercibido hombre celtíbero lo absorbió ávidamente. Después de tres siglos de barbecho, la tierra feraz de España hizo pavorosamente prolífica la semilla de estupidez y crueldad ancestrales. Es vano el intento de señalar los focos de contagio de la fiebre cainita en este o aquel sector social o zona de la vida española. Ni blancos ni rojos tienen nada que reprocharse. Idiotas y asesinos se han producido y actuado con idéntica profusión e intensidad en los dos bandos que se partieran España.

Un hombre como yo, por insignificante que fuera, había contraído méritos bastantes para haber sido fusilado por unos y otros. Me consta que aun antes de que empezase la guerra civil, un grupo fascista de Madrid había tomado el acuerdo de proceder a mi asesinato como una de las medidas preventivas que había que adoptar contra el posible triunfo de la revolución social, sin perjuicio de que los revolucionarios, anarquistas y comunistas, considerasen por su parte que yo era perfectamente fusilable.

Cuando estalló la guerra civil me quedé en mi puesto cumpliendo mi deber profesional. Un consejo obrero, formado por delegados de talleres, desposeyó al propietario de la empresa periodística en que yo trabajaba y se atribuyó sus funciones. Yo, que no había sido revolucionario, ni tengo ninguna simpatía por la dictadura del proletariado, me encontré en pleno régimen soviético. Me puse entonces al servicio de los obreros como antes lo había estado a las órdenes del capitalista, siendo leal con ellos y conmigo mismo. Hice constar mi falta de convicción revolucionaria y mi protesta contra todas las dictaduras, incluso la del proletariado, y me comprometí únicamente a defender la causa del pueblo contra fascismo y militares sublevados. Me convertí en el *camarada director*. Ahora se convirtió en el periódico gubernamental republicano de máxima tirada y nadie me molestó por mi condición de *pequeñoburgués liberal*, a la que nunca renuncié.

Vi entonces convertirse en comunistas fervorosos a muchos reaccionarios y en anarquistas terribles a muchos burgueses acomodados. Guerra y miedo justificaban todo.

Me fui cuando tuve la íntima convicción de que todo estaba perdido y ya no había nada que salvar, cuando el terror no me dejaba dormir y la sangre me ahogaba. En mi deserción pesaba tanto la sangre derramada por las cuadrillas de asesinos que ejercían el terror rojo en Madrid como la que vertían los aviones de Franco, asesinando a mujeres y niños inocentes. Y tanto o más temía la barbarie de moros, bandidos del Tercio y asesinos de Falange, que la de analfabetos anarquistas y comunistas.

Me he permitido el lujo de no tener ninguna solidaridad con asesinos, que he pagado con la Patria. Entre ser fascista o comunista, como hubieran querido sus agentes bélicos, he preferido meterme las manos en los bolsillos, echar a andar por la parte habitable del mundo, que nos queda, a sabiendas de que en esta época de estrechos y egoístas nacionalismos, el exiliado, el sin patria, es en todas partes huésped indeseable, que tiene que hacerse perdonar su existencia a fuerza de humildad y servidumbre. Pero soporto mejor la servidumbre en tierra ajena que en mi propia casa.

No me interesa gran cosa saber que el futuro dictador de España va a salir de uno u otro lado de las trincheras. Es igual. El hombre fuerte, el caudillo, el triunfador que al final ha de asentar las posaderas en el charco de sangre de mi país y con el cuchillo entre los dientes va a mantener en servidumbre a los celtíberos supervivientes, puede salir indistintamente de uno u otro lado.

Sea quien fuere, será un traidor a la causa que hoy defiende; llegará más tarde o más temprano a la única forma concebible de subsistencia, la de organizar un Estado en el que sea posible la humana convivencia entre los ciudadanos de diversas ideas y la normal relación con los demás Estados, a lo que se niegan hoy unánimemente con estupidez y crueldad ilimitadas los que están combatiendo.

No habrá más que una diferencia, un matiz. El de que el nuevo Estado español cuente con la confianza de un grupo de potencias europeas y sea sencillamente tolerado por otro o viceversa. Ni colonia fascista, ni avanzadilla del comunismo. En lo interior, un gobierno dictatorial que con las armas en la mano obligará a los españoles a trabajar desesperadamente y a pasar hambre sin rechistar durante veinte años, hasta que hayamos pasado la guerra.

En lo exterior, un Estado fuerte, colocado bajo la protección de unas naciones y la vigilancia de otras. El proceso habrá costado a España más de un millón de muertos.

Cuando llegué a esta conclusión abandoné mi puesto en la lucha.

No quiero sumarme a la legión triste de los *desarraigados* y, aunque sienta como una afrenta el hecho de ser español, me esfuerzo en mantener una ciudadanía española puramente espiritual, de la que ni blancos ni rojos puedan desposeerme. Pag 4-10.

Nota

Estas nueve alucinantes novelas, a pesar de lo inverosímil de sus aventuras y de sus inconcebibles personajes, no son obra de imaginación y pura fantasía. Cada uno de sus episodios ha sido extraído fielmente de un hecho rigurosamente verídico; cada uno de sus héroes tiene una existencia real y una personalidad auténtica, que sólo en razón de la proximidad de los acontecimientos se mantiene directamente velada. Pag 11.

¡Massacre, massacre!

En la guerra no se administra el sentimiento con la largueza que en la paz.

El albur del avión en el cielo dejando caer sobre una pacífica familia su carga de metralla tan a ciegas como el bombo de la Lotería Nacional dispara la bolita de los quince millones de pesetas sobre un grupo de gente humilde y oscura, es un azar al que todos se someten sin gran repugnancia. Los bombardeos aéreos son una lotería para los madrileños.

Los típicos intelectuales revolucionarios, relacionados con la Escuadrilla de la Venganza, se forjaron en la escuela de rebeldías que durante la dictadura fueron las universidades españolas.

La vida humana había perdido en absoluto su valor. Los milicianos, que el 18 de julio abandonaron su existencia normal de ciudadanos para lanzarse desesperadamente al asalto del cuartel de la Montaña, batiéndose a pecho descubierto en la sierra contra el ejército de Mola, cuando regresaban del frente traían a la ciudad la barbarie de la guerra, la crueldad feroz del hombre que, padeciendo el miedo a morir, ha aprendido a matar, y si la ocasión de hacerlo impunemente se le ofrece, no la desaprovechará. Es el miedo el que da medida de la crueldad. De entre estos milicianos que no tenían alma bastante para afrontar indefinidamente el peligro de la guerra en la primera línea, de entre los que volvían del frente íntimamente aterrorizados, se reclutaban los hombres de aquellas siniestras escuadrillas de retaguardia que querían imponer a gobierno, a partidos políticos y centrales sindicales un régimen de terror, el pánico terror que íntimamente padecían y anhelaban proyectar al mundo exterior.

Huyendo del frente se refugiaban en los servicios de control revolucionario de partidos y sindicatos que, recelosos de la lealtad de la policía oficial y de las fuerzas de seguridad del Estado, toleraban la injerencia de estas escuadrillas insolventes y autónomas en las funciones policíacas. Cada una de ellas tenía su jefe, un aventurero capitán de bandidos, un místico teorizante de cabeza estrecha y corazón endurecido que, con la mayor unción revolucionaria, decretaba inexorablemente los crímenes que consideraba útiles a la causa. El jefe de la Escuadrilla de la Venganza, Enrique Arabel, era un tipo característico de hombre de presa, un tráfuga relajado de la disciplina comunista, que al frente de aquel puñado de hombres sin escrúpulos había logrado rodearse de siniestro prestigio. Erigido en poder irresponsable y absoluto, Arabel desdeñaba la autoridad del gobierno, desafiaba a los ministros y hacía frente a los aterrorizados comités de los partidos republicanos.

El universitario Valero, militante de las Juventudes Unificadas, ejercía con la cautela y doblez típicas del comunismo, la difícil misión de controlar políticamente aquella fuerza incontrolable de hombres sin freno en sus pasiones e instintos, que, con el argumento de sus pistolas, en nombre del pueblo sembraban a capricho el terror. Arabel, jefe indiscutible de la escuadrilla, hubiera

querido deshacerse del intruso Valero, pero sabía que éste tenía detrás al Partido Comunista.

En ocasiones, cuando algún miliciano alucinado creía descubrir en el cielo oscuro la sombra imperceptible de un avión enemigo, sin vacilar se echaba el arma a la cara y fusilaba a la noche. Después se lamentaba: *qué lástima, por qué poco se me ha escapado*. Cazar aviones a tiros de pistola se le antojaba la cosa más natural del mundo.

Arabel y sus hombres rumiaban la venganza, que estaban dispuestos a tomarse aquella misma noche.

Todo militar, por el hecho de serlo, era presunto enemigo del pueblo. Cada vez que a los milicianos se les presentaba un caso de duda, el recuerdo de la amenaza de Mola de *la quinta columna sobre Madrid*, fallaba en su daño; y por si el militar cuestionado *era de la quinta columna*, se votaba invariablemente por su prisión o fusilamiento. Ha sido la frase más cara que se ha dicho en España.

Arabel y su escuadrilla de la venganza, armados con pistolas y fusiles, en sus asaltos a prisiones, gritaban *¡A las galerías! ¡A las galerías! Massacre! ¡Massacre! ... ¡Los que quieran salvar sus vidas, un paso al frente! ... Y nadie se movió*. Los milicianos empezaron a maniobrar en el patio. Petardearon en la noche los motores de los camiones. Y ya hasta que fue de día los perros estuvieron aullando y ladrando desesperadamente.

El parte oficial consignaba al siguiente día que a consecuencia del bombardeo aéreo habían muerto doscientos veintidós personas. Figuraban en el parte los nombres y apellidos de un centenar de víctimas y al final decía textualmente: *Los ciento veinticinco cadáveres restantes no han sido identificados*. Pag 16-44.

La gesta de los caballistas

La tía Conchita, con sus setenta años, era la única mujer de la ilustre familia, que quedaba en el cortijo. Las hijas y nueras del marqués estaban en Biarritz, Cascaes y Gibraltar desde antes que comenzase la guerra. Pero la tía Concha, que no le tenía miedo a nada ni nadie, no había querido marcharse.

El marqués gritó:

¡Viva España!

¡Y la Virgen del Rocío!, añadió el cura.

Contestaron los caballistas tremolando los sombreros y la tropilla se puso en marcha. Delante, en descubierta, iban los dos guardas jurados seguidos por los tres hijos del marqués con el operador y manijero. Luego marchaba el marqués llevando a un lado al cura y al otro al administrador, y tras ellos, a pie, Currito, el espolique, y Oselito, el sacristán. Venía después la masa compacta de los caballistas, todos ellos asalariados del marqués, vaqueros, yegüerizos, pastores, gente del campo nacida y crecida a la sombra del cortijo y marquesado.

El general Queipo, decía el marqués, me llamó para decirme que si le ayudábamos estaba dispuesto a dejar limpia de bandidos rojos la campiña del condado. Ayer tarde salió de Sevilla un centenar de moros y otro de legionarios que con media docena de ametralladoras van a ir barriendo por la carretera hasta la provincia de Huelva. Yo me he comprometido a ir limpiando con mi gente estos contornos hasta reunirnos con ellos.

De Sevilla ha salido también el Algabeño con sus caballistas, en la que van los mejores jinetes de la aristocracia sevillana y los hombres de su cuadrilla, sus banderilleros y picadores, tan valientes como él y capaces de lidiar lo mismo una corrida de Miura que un ayuntamiento del Frente Popular.

Detrás de los moros y legionarios deben de haber salido de Sevilla esta mañana tres camiones con cuarenta o cincuenta muchachos de la Falange. Vamos a darles a los rojos una batida que no va a quedar uno en todo el condado.

Estos perros, decía el administrador, son los mismos que antes nos metían el puño por las narices, los que robaban el ganado del señor marqués o los dejarretaban, cuando no podían otra cosa y los que a toda hora nos amenazaban con degollarnos.

El pueblo, replicó el marqués, siempre es cobarde y cruel. Se le da el pie y se toma la mano. Pero se le pega fuerte y se humilla. Desde que el mundo es mundo los pueblos se han gobernado así, con palo. De esto es de lo que no han querido enterarse esos idiotas de la República.

Los campesinos de estos contornos que se han ido han sido pocos. Eso sí, los mejores; los más rebeldes, los que son capaces de jugarse la vida.

El ruido de un disparo cortó en seco la charla. Uno de los guardas jurados que iba en vanguardia espoleaba su caballo para ir a cobrar la pieza. ¿Hombre o alimaña? Un hombrecillo como alimaña se revolcaba y gemía entre los jarales.

Era un gitanillo negro y enjuto, como un abisinio. Trincarle bien, ordenó el marqués; ya cantará de plano en Sevilla. Uno de los guardas le maniató a la cola de su caballo y la cabalgata siguió su camino. Los caballistas, alborozados por su fácil conquista hacían caracolear a los potros y vitoreaban al señor marqués, al general Franco y a España.

En el caserío de la Concepción no encontraron a nadie. En las grandes cuadras desiertas aparecían despanzurradas las cómodas, arrancadas las puertas de los armarios y violentadas las tapas de los viejos arcones de roble. Cuanto había de valor en la casona había sido robado o destruido. Y clavado en la puerta, un papel, que decía *Comité*. Dentro, una mesa, papeles, muchos papeles, cajones rotos, casquillos de bala y en la pared una bandera rojinegra y unos letreros revolucionarios escritos con mucho odio y muchas faltas de ortografía. Por allí habían huido horas antes los rojos. En la corraleta una ternerrilla clavada en el suelo con las patas delanteras tronchadas alzaba la testuz al cielo mugiendo tristemente. José Antonio, el mayorazgo, se le acercó y la res volvió hacia sus grandes ojos cariñosos. La habían desjarretado. Al huir, los rojos habían partido los jarretes a las reses que no tuvieron tiempo o manera de llevarse.

José Antonio enternecido con el sufrimiento de la pobre bestia, sacó del cinto el cuchillo, le dobló la cabeza y le hundió el cuchillo en el cerviguillo, haciéndola caer descabellada de un solo golpe.

Con el hierro aún en el puño se volvió frenético contra el gitanillo prisionero que seguía maniatado a la cola del caballo. ¡Canalla, asesino!, le gritó. Y la hoja del cuchillo, tinta en sangre de la bestia, se hundió en la carne del hombre, que al desplomarse, quedó con los brazos estirados colgando de la cola del caballo, a la que estaba maniatado.

El cura vino corriendo a grandes zancadas y reprochó a José Antonio su arrebató. Has hecho mal; debiste avisarme antes. ¿Para qué estoy yo sino para arreglarles los papeles a los que tengáis que mandar de viaje al otro mundo? Masculló latines al ladito del gitanillo muerto, que yacente, tenía el perfil de un príncipe sasánida.

El país entero parecía despoblado. A mediodía llegaron los caballistas a Villatoro. El marqués ordenó que la mitad de su gente descabalgase, dejando los caballos a buen recaudo y fuese en descubierta, dando la vuelta por las afueras del pueblo hasta cercarlo. Los rojos podían haberse hecho fuertes en el interior de las casas.

El propio marqués echó adelante por la calle Real. El paso de los caballeros por la ancha vía fue un desfile solemne y silencioso. En el gran silencio del pueblo, sólo sonaban los cascos ferrados de las caballerías al chocar contra los guijarros de la calzada. Puertas y ventanas de las casas estaban cerradas a cal y canto, pero en tejadillos y terrazas colgaban lacias las sábanas blancas del sometimiento. Frente al ayuntamiento humeaban aún los renegridos maderos de la techumbre de la iglesia y las tablas de los altares hechas estillas y esparcidas entre el cascote de lo que fueron muros del atrio. Unos y otros no

encontraron a nadie. ¿Estaría desierto el pueblo? ¿O les tenderían una emboscada?

Una ventanita angosta del sobrado de una casucha miserable se abrió tímidamente, asomando una cabeza calva con cara amarilla y boca sin dientes, que gritó: *¡Arriba España! ¡Arriba España!* Contestaron los caballistas. Gritaba un viejecillo llorando de alegría.

Contó que el pueblo estaba casi desierto. Al principio, cuando los rojos se hicieron los amos, los ricos que tuvieron tiempo se escaparon a Sevilla. A los que no pudieron huir los mataron o se los llevaron presos camino de Ríotinto y Extremadura. Él había permanecido oculto en aquella casucha durante muchos días expuesto a que lo fusilasen si lo descubrían, pues siempre había sido hombre de derechas. Los vecinos que quedaron en el pueblo habían estado al lado del comité revolucionario; unos por debilidad y otros muy complacidos. Todos habían presenciado impasibles los saqueos y matanzas o habían tomado parte activa en ellas. Eran unos canallas a los que había que fusilar en masa. Ya iría él denunciando las tropelías de cada uno.

Los más comprometidos se marcharon al amanecer siguiendo al comité revolucionario; sólo se han quedado los que creen que no han dejado rastro de su complicidad con los rojos, pero aquí estoy yo, vivo todavía, para desenmascarar a esos hipócritas. El viejo, con la crueldad del hombre que ha tenido miedo, preguntaba: *¿Verdad, señor marqués, que los ahorcaremos a todos?*

Rafael tiró de la rienda a su caballo y se apartó entristecido. ¿Qué pasaría en el interior de aquellas viviendas? ¿Qué pensarían o temerían de ellos? ¿Sería verdad que tendrían que ahorcar a toda aquella gente como quería el viejo aterrorizado?

Grandes vítores a coro y un formidable estruendo de cláxones y bocinas venían de unas de las entradas del pueblo. Llegaban los camiones de Falange Española para limpiar la campiña del condado, entrando hasta la plaza mayor, donde se apearon y formaron con gran aparato y espectáculo. La centuria dividida en escuadras hizo varias evoluciones a la voz de sus jefes. Irreprochablemente uniformados con camisas azules, gorrillos cuarteros, correaes y pantalones negros, remedaban la tiesura y automatismo militar con tanto celo, que los militares de profesión, al verles evolucionar, sonreían benévolamente.

El enemigo había huido, había que ir a buscarlo. No se conseguía nada aterrorizando a los encerrados en sus casas, mientras las bandas de combatientes armados campasen por sus respeto.

Los jefes fascistas tenían otra opinión. Antes de seguir avanzando, había que limpiar la retaguardia. En Villatoro se podía hacer una buena redada de bandidos rojos con la cooperación de la derecha del pueblo, que los denunciarían gustosamente. El marqués replicó desdeñosamente que aquella no era empresa para él y reiteró a sus mayores la orden de marcha. Los falangistas decidieron quedarse en el pueblo. Tenían mucho que hacer. Y formando varias patrullas

tomaron entradas y salidas de la villa y se dedicaron a ir casa por casa practicando registros y detenciones. Guiando al jefe de la centuria iba el viejecillo de la ventanita.

El viejo marqués y su tropilla no sabían dónde se habían metido. Cada ventana era una boca de fuego para los caballistas. Los rojos, concentrados en Manzanar, les habían dejado llegar confiadamente y cuando los tuvieron en la calle principal del pueblo les cortaron la retirada y desde todas las casas empezó a llover plomo sobre ellos.

Entonces gritó el marqués: *¡Adelante! ¡Viva España!* Y rodeado de sus hijos y mayores, que hacían fuego desesperadamente contra los invisibles enemigos, se abrió paso hacia la plaza Mayor. Tras él se precipitó el grueso de los caballistas.

Los rojos esperaban que los caballistas hubiesen retrocedido en vez de avanzar. El no haberlo hecho así los salvó. José Antonio y Juan Manuel, blandiendo los rifles como mazas, se echaron sobre los tiradores rojos y los dispersaron momentáneamente. Instantes que los caballistas aprovecharon para refugiarse en los soportales de la plaza, tirarse de los caballos y entrar en tromba por el caserón del ayuntamiento, arrollando a quienes les oponían resistencia. Bajo un fuego mortífero, los caballistas fueron llegando hasta allí y parapetándose.

Cuando no quedó un ser vivo en el ámbito de la plaza y los caballistas se atrincheraron, impidiendo los intentos de asaltos a la casa del ayuntamiento, vieron que del escuadrón rojo sólo quedaban dos docenas de hombres válidos y ocho o diez heridos, que seguían disparando, pero los hombres del marqués estaban a cubierto. Si podían resistir dos o tres horas, darían tiempo a que llegasen los moros y el Tercio, que los salvarían.

Los rojos arreciaban en el ataque. Pronto advirtieron los caballistas que un asalto en toda regla a su improvisado reducto se estaba preparando. Hubo unos minutos de aterradora calma.

El señorito Rafael oyó que le llamaban por su nombre y contestó: aquí está Rafael, ¿quién le llama?

Soy yo, Julián, el Maestrito, quien le habla.

¿Qué quieres?

Que convezas a tu gente de que debe rendirse.

¿Te has olvidado de quién soy y cuál es mi casta? ¿No me llamaste siempre *el señorito*? Un señorito no se rinde.

¡Cochinos señoritos! Ya podéis rendiros si no queréis morir como perros. Se han acabado los señoritos.

Antes os rendiréis vosotros cobardes. No tardarán dos horas en venir en nuestro auxilio las tropas de Sevilla. Huid pronto si no queréis que os machaquen.

En dos horas nuestros dinamiteros volarán la casa con todos vosotros dentro.

Volarán también las mujeres y niños que hemos cogido aquí.

Pegaremos fuego al edificio y cuando salgáis huyendo de la quema os cazaremos a tiros.

Llevaremos delante a vuestras mujeres e hijos para que nos sirvan de parapetos.

Hubo un momento de terrible silencio. Los dos hombres sintieron miedo de sus propias palabras.

Tú no harás eso, Rafael. No tienes corazón para esa infamia.

Ni tú volarás la casa con dinamita.

¿Todo está dicho entonces?

Los rojos emprendieron de nuevo el fuego de fusilería contra los sitiados; éstos, bajo el diluvio de balas que entraban en la casa por todos huecos, se defendían mal: no tenían ni hombres ni municiones para cubrir todos los puntos vulnerables.

Donde no se pueda poner una escopeta, propuso Lunanco, viejo campero, se coloca visible a una de las mujeres que hemos cogido; ya veremos si siguen tirando.

¡Eso no!, replicó Rafael.

¿Por qué no?, le interpeló con mal ceño su hermano Juan Manuel.

Porque a mí no me da la gana, respondió Rafael. Primero abro las puertas a esa canalla roja para que nos degüelle.

Y yo, como lo intentes siquiera, te descerrajo de un tiro.

Los do hermanos, agazapados cada cual en su tronera bajo el plomo enemigo, se miraron con odio.

Afuera también se reñía una dura batalla. Los mineros de Ríotinto preparaban la voladura del edificio metiendo, los cartuchos de dinamita bajo los sillares de piedra de los cimientos. El Maestrito se oponía.

¿Crees que nos los vamos a dejar vivos?, le interpeló uno de aquellos hombres vestidos de azul y con una gran estrella roja de cinco puntos sobre el pecho, uno de aquellos obrerito de la ciudad, que en opinión del marqués eran los culpables de la rebelión de los campesinos.

Están dentro las mujeres y niños, arguyó Julián.

Aunque estuviera dentro mi madre. ¡Adelante muchachos!

Crecían la violencia del ataque y la desesperación de la defensa.

Los caballistas pretendían hacer una salida desesperada antes de las explosiones.

¿Y las mujeres y niños?, preguntó Rafael. Nuestro deber es prevenirlas y que se salven si pueden.

Pero ... Lunanco y Juan Manuel no estaban por la labor.

Cautamente se fueron acercando al lugar de la lucha. Percibieron que entre el tableteo de las ametralladoras y el escuadrón de caballistas estaban los rojos atrincherados en las últimas casas del pueblo y accidentes del suelo que les favorecían. Había que atacarles por la espalda antes de que reaccionasen contra ellos al advertir que habían roto el débil cerco que les dejaron puesto. En aquel instante, destacándose del estruendo de explosiones, llegó hasta los

caballistas un confuso rumor de lejana algarabía. Unos gritos inarticulados amortiguaban los ruidos del combate. Los moros se lanzaban a la lucha cuerpo a cuerpo para desalojar a los rojos de sus posiciones.

Era el instante crítico. Los hombres del marqués atacaron simultáneamente y se produjo una confusión espantosa. La batalla tomó en aquel punto tal vértigo que hizo imposible advertir nada de cuanto ocurría a su alrededor. Las batallas no se ven. Se describen luego gracias a la imaginación y deduciéndolas de sus resultados. Se lucha ciegamente, obedeciendo a un impulso biológico que lleva a los hombres a matar y a un delirio de la mente que les arrastra a morir. En plena batalla, no hay cobardes ni valientes. Vencen, una vez esquivado el azar, quienes saben sacar mejor provecho de su energía vital, quienes están mejor armados para la lucha, los que han hecho de la guerra un ejercicio cotidiano y miedo de vida.

Vencieron, naturalmente, los guerreros marroquíes, los aventureros de la Legión, los señoritos cazadores y caballistas. El heroísmo y la desesperación sólo sirvieron a los gañanes rebeldes para hacerse matar concienzudamente.

La lucha había sido dura y el castigo tenía que ser ejemplar. Las patrullas de falangistas entraban en las casas y se llevaban a los hombres que encontraban en ellas. A los que se cogía con las armas en la mano se les fusilaba en el acto. Un sargento moro de estatura gigantesca, abrazado a su fusil ametrallador, a una simple señal de sus jefes regaba de plomo a los prisioneros que le llevaban.

Se fusilaba en el acto a todo el que ofrecía la sospecha de haber disparado contra las tropas. Cogían a los prisioneros por la camisa, se le desgarraba la ropa hasta dejar al descubierto el hombro derecho. Si se les advertía la piel manchada de pólvora o amoratada por retrocesos de las armas, pasaban en el acto a la jurisdicción del sargento moro. Y así iba cumpliéndose por casas, calles y plazas la horrenda justicia de la guerra.

Rafael, apartándose de los suyos, volvía de las batallas con amargura y tristeza inefables. Al doblar la esquina de una calleja solitaria vio el bulto de un hombre, que corría hacia donde él estaba y que al verle retrocedía precipitadamente y se parapetaba en el quicio del portal. Creyó reconocerlo.

¡Julián!, gritó. El fugitivo no respondió.

¡Julián!, repitió Rafael.

Déjame paso o te mato, dijo la voz dura del Maestrito.

Vete, replicó apartándose Rafael. No creerás que soy capaz de delatarte.

¡Sois capaces de todo! ¡Asesinos! Echó a correr el Maestrito y al pasar junto a Rafael le escupió. ¡Asesinos!

Aún no había doblado la esquina cuando se le echó encima una patrulla. Las sombras permitieron a Rafael darse cuenta de que los de la patrulla acorralaban al Maestrito y que en pocos segundos caían sobre él y le agarrotaban.

Ahora le matarán, pensó Rafael acongojado. Pero no. A quien querían matar era a él. Le habían visto ocultándose en el fondo de la calleja y,

suponiéndole rojo también y en connivencia con el fugitivo que acababan de capturar, le hicieron una descarga intimidándole a que se rindiese.

¡Soy de los vuestros!, gritó.

Se le acercaron cautelosamente. Esta vez no le valió su nombre. Junto con el Maestrito se lo llevaron detenido y le hicieron comparecer ante el jefe de la centuria de Falange, al que no supo explicar satisfactoriamente su presencia en aquella calleja solitaria junto a uno de los más caracterizados cabecillas marxistas. Y a Sevilla se lo llevaron junto con el Maestrito y los rojos, que por azar o conveniencia de información, no habían sido fusilados.

Los fascistas habían improvisado la cárcel de Sevilla en el viejo, pintoresco y popular *music-hall Salón Variedades*, de la calle de Trajano, que no se parecía en nada a una cárcel. Allí, no eran frecuentes rebeldías, ni aparatosos derrumbamientos. Los hombres se dejaban llevar como el ganado; a lo sumo, esbozaban ademanes trágicos, que se frustraban en el congelado terror del ambiente.

¡Salud, camaradas! ¡Viva la revolución social!, gritaba el que se iba. Nadie contestaba. El camión en que metían a los presos partía en dirección a la Alameda; tras el cual, iba otro con una sección de regulares y cerrando la marcha un tercero cargado de falangistas.

Cuando amanecía todo había acabado.

Julián Sánchez Rivera, de Carmona, leyó el carcelero jorobadito.

Presente, contestó con voz firme y lúgubre el reclamado. Se puso en pie y antes de echar a andar lanzó una mirada lenta y triste a su alrededor. Sólo un hombre que estaba tumbado en un camastro se irguió y fue con los brazos abiertos en su busca. Se abrazaron silenciosos. Pecho contra pecho sintieron cómo latían a compás sus corazones. Fue un instante no más. Para ambos valió más que la propia vida entera.

Adiós, Julián.

Salud, Rafael.

El auto que conducía Rafael dejaba atrás los pueblecitos soleados de Sevilla y Cádiz. Sin detenerse llegó a la frontera. Mostró el viajero a los *policemen* su documentación en regla y pasó. Fue directamente al hotel Rock, en una de las laderas del Peñón.

Al cruzar el *hall* advirtió que le miraban; tuvo la sensación de que llevaba un estigma en la frente y de que ser español pasaba por un agravio. Haciendo acopio de fuerzas, soportó sin derrumbarse el peso terrible, que sentía caer sobre sus hombros. Cargó con todo. ¡Con todo! Y aún tuvo alma para levantar la cabeza y seguir adelante. Pag 49-74.

Y a lo lejos, una lucecita

La calle era una sima honda, larga y negra. Una hendidura en la corteza de un astro muerto. Por su fondo se arrastraba un gusanito de luz, un auto, que con los haces luminosos de sus faros barría los zócalos de las altas fechadas. Todo lo que hay de inhumano y monstruoso en la gran ciudad se veía cuando no hay luz y la calle en sombras y sin vida era como una grieta de indiscutible naturaleza sísmica.

En aquella desolada profundidad alguien estaba vivo todavía. El miliciano Pedro se arrancó del sueño y de la jamba que le servía de parapeto, corrió el cerrojo del máuser y, plantado en el centro de la calle, con las piernas abiertas y el alma terciada, guiñó el ojo de su linterna eléctrica al auto que venía. Acalló este su resuello y cerró las pupilas indiscretas. La voz dura del miliciano rodó por el ámbito de la noche: ¡Alto! ¡Alto...! ¡La consigna!

La vil canalla ... perecerá a nuestras manos.

Siguió el auto su camino descubriendo resquicios de ciudad en aquel hondón tenebroso hasta que se lo tragó la distancia. El miliciano Pedro volvió a su portal y a su somnolencia. Lo peor de guerra y revolución, pensaba, es el sueño que siempre se tiene. ¡Si se pudiera dormir! Cuando se tienen los ojos como de cristal y los párpados de plomo y se siente en la espalda curvada por la fatiga una punzada sutil, no cabe andar con contemplaciones. Había que ganar o perder la guerra, aunque no fuese más que para dormir. La jornada ha sido dura. Entre ayer y hoy, ¿cuándo fue ayer y cuándo es hoy?

Unos oficiales de aviación, que hasta entonces habían permanecido leales levantaron el vuelo y se pasaron a los rebeldes. Pedro en la noche cargó con las cajas de municiones para cambiar de lugar el polvorín, que delatarían los oficiales traidores. Además, había acudido a su habitual guardia nocturna en las calles del barrio aristocrático, plagado de espías y contrarrevolucionarios a los que había que vigilar noche y día. Estaba rendido pero le sostenía el orgullo de haber prestado un servicio de confianza a la causa.

Pedro enfundó la pistola y se dedicó a perseguir aquella misteriosa lucecita. Cuando ya salía le asaltó la curiosidad de saber quién era aquel hombre de la linterna, al que había matado. Cogió la linterna e iba a asestarla a la cara del muerto, pero se arrepintió. ¿Quién era? ¿Cómo sería su cara? ¡Bah! Uno; un enemigo menos. ¿Qué más le daba?

Al espía de la linterna del hotel le echaron por el montacargas, cogiéndolo a puñados como muñeco de trapo con los resortes rotos, que se tira a la basura.

En la joven y bella la espía del hotel, a Pedro le humillaba e irritaba la estupidez burguesa del intento de seducción.

Carmiña, atemorizada, volvió la cabeza y vio que los milicianos se echaban los fusiles a la cara. Dio un grito de horror y corrió hacia adelante con los brazos extendidos. El chal de seda le revoloteaba en torno al cuerpo como

mariposa perdida en la noche. Volaba por el senderillo en busca de un refugio imposible, cuando la traspasaron las balas de los máuseres.

Pedro quería fusilar también al asistente que los había delatado. Es un traidor, decía.

Es uno de los nuestros, u hombre del pueblo, arguyó el camarada responsable; tenemos el deber de redimirle. En cambio, para los señoritos no hay redención.

Alguna noche, ante la furia del cañoneo y considerando inminente la llegada de los moros y Tercio, más de un pobre tísico tachado de antifascista había huido horrorizado a campo través, hendiendo la noche con el desgarrón de su tos cavernosa y sembrando la nieve, que pisaba con las amapolas de sus esputos sanguinolentos.

En aquel sanatorio antituberculoso, entre los infelices que esperaban a morirse tumbados en las galerías del sanatorio, la guerra civil, aunque pareciera inconcebible, se mantenía también con encono feroz. Fascistas y antifascistas se agredían verbalmente desde sus camastros con saña patológica. Validos de la prerrogativa de su mal y sintiéndose condenados por una muerte inexorable, desafiaban todas las coacciones y amenazas. Uno tenía un trapo con los colores de la bandera monárquica escondido debajo de la almohada y cuando la fiebre le hacía delirar se incorporaba en el lecho y tremolando su bandera por encima de la cabeza gritaba frenéticamente: *Arriba España*, mientras los enfermos vecinos, enemigos del fascismo, se debatían impotentes entre las sábanas y llamaban a los milicianos para que lo fusilasen. Sólo había quedado en el sanatorio Sor María, hermana de la Caridad, convertida en camarada María, adscrita al Socorro Rojo Internacional y con su carné del Partido Comunista en el pecho, que iba y venía de una cama a otra, intentando vanamente apaciguar el furor político, el odio de clase e aquellos infelices.

El bando antifascista gritaba a los milicianos cuando llegaron: *¡Aquel! ¡Aquel es un fascista! Tenéis que matarlo.*

Pedro y Jiménez, en la noche, corrían por la pradera de la sierra en busca de más lucecitas: ¡Allí! ¡Allí! ...

Un semicírculo de fogonazos cortó la pradera con sus cincuenta lengüecillas de fuego. Bajo el trueno de la carga cerrada, Jiménez y Pedro doblaron sus rodillas y palparon primero con las manos y después con la cara la hierba mojada y fría.

Jiménez se quedó con los ojos muy abiertos. Clavada en ellos se llevó para siempre la imagen de aquella lucecita distante.

Pedro, mientras se desangraba, se iba quedando plácidamente dormido. Se acomodó en la yerba fresca y mullida. En la guerra y revolución era difícil dormir. ¡Qué a gusto se dormía al final! Pag 77-103.

La Columna de Hierro

La Columna de Hierro, formada por 150 o 200 hombres, desertados de los frentes republicanos de Huesca y Teruel recorría los pueblos del antiguo reino de Valencia, dedicada a pillaje y destrucción. Con el pretexto de limpiar el país de fascistas emboscados iban por pueblos y aldeas matando y saqueando a su antojo, sin que las escasas fuerzas de orden público pudiesen hacerles frente.

La mayor parte de sus componentes eran expresidarios acogidos al hospitalario pabellón rojinegro de los anarquistas. Gente salida de cárceles o tugurios del Barrio Chino de Barcelona, que en los albores de la revolución se unieron a los honrados luchadores del pueblo, tomando parte en aquellas insensatas expediciones que desde Barcelona a Valencia salían para librar del yugo fascista a las provincias que no habían tenido bastante coraje para sacudírselo por sí mismas. Mientras la guerra se redujo al asalto y saqueo de villas indefensas, aquellas bandas prestaron su apoyo a los defensores de la República. Pero cuando se estabilizaron los frentes y la lucha tuvo los caracteres de una guerra, empezaron a flaquear y traicionarse.

Los líderes anarquistas de buena fe, ante la resistencia organizada del ejército sublevado, tuvieron que sacrificar sus utopías libertarias a disciplina y jerarquía. Buenaventura Durruti, cabecilla anarquista que salió de Barcelona llevando tras de sí a la canalla de los bajos fondos, se convirtió rápidamente en su inflexible y autoritario caudillo. En pocas semanas sometió a su gente a una disciplina de hierro e inhumana. Pocas veces un jefe ha ejercido un poder personal tan absoluto. El que flaqueaba, el que desobedecía, el que intentaba huir, pagaba con la vida. Su pistola amenazaba constantemente el pecho de los camaradas, que intentaban rebelarse.

Este bárbaro caudillaje fue eliminando del frente a los criminales y cobardes, que habían acudido sólo al olor del botín. Destacamentos enteros se desgajaron en franca rebeldía del grupo de las fuerzas gubernamentales; una de estas fracciones indisciplinadas de la Columna de Hierro recorría la comarca sembrando el terror, por doquiera que pasaba. Su entrada por sorpresa en Valencia sembró confusión y pánico entre fuerzas leales a la República. Durante varias horas, los hombres de la Columna de Hierro fueron dueños absolutos de la gran ciudad y se entregaron impunemente al saqueo. Finalmente se fueron a los *music-hall* y cabarés para beber e incautarse de las mujeres y dinero de las taquillas. Aquella horda estaba dispuesta a satisfacer a toda costa sus feroces apetitos.

Los pueblos castigados soportaban difícilmente aquellas expediciones de los desertores del frente, reclamando al gobierno republicano, que impidiese aquel azote. Pero todas las fuerzas de gobierno estaban en los frentes. Así que cuando la Columna de Hierro se presentaba en un pueblo, a las autoridades locales no les quedaba más opción que suministrarle cuantas armas, dinero y sangre pedía, o luchar contra ella a la desesperada.

Los pueblos por donde pasaban esos bandoleros se tornaban fascistas. Esos canallas eran los mejores propagandistas de Franco. Decía Pepet, viejo republicano, presidente del comité: he visto viejos republicanos auténticos renegar de la revolución y desear el triunfo del fascismo. El horror de la guerra provoca esas reacciones. Y le replicaba su amigo Tomás: ¿crees tú que del otro lado no hay gentes de bien, conservadoras y católicas a las que convierten en revolucionaras los asesinatos de los falangistas?

El pueblo de Benacil daría la batalla a los bandidos de la Columna de Hierro. Sus hombres lucharían contra los anarquizantes de la Columna de Hierro con el mismo fervor con que luchaban contra los fascistas.

Se enzarzaron en dura pelea Tomás y el Chino de la Columna de Hierro.

Aquí no hay más autoridad que la del comité, decía Tomás.

Y le replicaba el chino: yo me río de vuestras autoridades y de vuestros comités. Aquí no hay más voluntad que la del pueblo y en nombre del pueblo fusilaremos a los presos fascistas o los pondremos en libertad según se les antoje a mis hombres, que son el pueblo en armas. ¿Te enteras?

Tú lo que quieres es asesinar a unos infelices y poner en libertad a los contrarrevolucionarios que te convenga. ¿Cómo te han pagado los fascistas, canalla?

El Chino le saltó al cuello, pero Tomás consiguió desasirse y sacando la pistola con un rápido movimiento lo contuvo momentáneamente, mientras decía a un miliciano del pueblo: avisen a las milicias para que vengán a detener a estos bandidos. Algunos hombres de la Columna de Hierro sorprendieron a Pepet y Tomás que los desarmaron.

¿Conque ibas a detenerme, eh?, dijo el Chino amenazándole con su pistola. Soy yo quien va a fusilaros por traidores y contrarrevolucionarios.

La Columna de Hierro había emplazado una ametralladora en el fondo del zaguán de la prisión y antes de que los milicianos pudieran acercarse o huir los habían barrido. Sólo Jorge el inglés llegó indemne hasta la puerta de la prisión. Dentro del zaguán un bandido que le encañonaba con su fusil se fijó en él y bajó el arma sorprendido.

¡Pero si es nuestro inglés!, exclamó. Le trincaron por el brazo y se lo llevaron al Chino.

Jorge, tan sorprendido de hallarse entre sus amigos de la víspera como de haber combatido contra ellos, respondió: peleaba contra los fascistas.

¡Pero si los fascistas son esos de ahí fuera!

No quiso creerlo y lo dejaron por imposible. No podían perder tiempo con explicaciones, ni matarlo. Jorge, escarmentado, no quiso seguir jugándose la vida mientras no supiese a ciencia cierta por qué causa se la jugaba, y se metió por la prisión adentro dispuesto a esperar filosóficamente el final de aquella incomprensible tremolina. Mientras, un grupo de presos fascistas se aprovechaba de la confusión de la batalla para fugarse. Iban sigilosamente buscando una salida conducidos por una muchacha con uniforme de miliciano, que llevaba en el puño una pistola.

¡Pepita!, exclamó Jorge al verla.

Cuando los presos llegaron al atrio Pepita les hizo ocultarse tras unas gruesas pilastras detrás del zaguán, a espaldas de quienes manejaban la ametralladora.

Acechad aquí, les dijo, el momento en que entren los asaltantes o éstos intenten una salida y mezclados con ellos procurad huir y poneros s salvo. Estáis a dos pasos de la puerta. ¡Arriba España!, respondió unos de los prisioneros en voz baja.

Pepita, cambiando de aspecto radicalmente tan pronto como se vio de nuevo entre os hombres de la Columna de Hierro, volvió a lanzar bravatas y juramentos para excitar a los que luchaban.

La rápida y furiosa salida abrió brecha en los sitiadores y los hombres de la Columna de Hierro pudieron llegar, a costa de algunas bajas, hasta los camiones que les esperaban con los motores en marcha.

Cuando Jorge y Pepita se encontraron solos, aquél le susurró al oído: por grande que sea mi odio a los fascistas, yo hubiese procedido igual que tú, **sacándoles de la prisión.**

Ella le miró a los ojos y le dijo con voz agria. ¿Y quién te ha dicho a ti que yo odio a los fascistas? Jorge, inmutado, no contestó.

Yo no tengo odio a los fascistas, continuó Pepita. ¡Yo soy fascista! ¿Te enteras? Eso que llamas el pueblo es una banda de asesinos. Estás con los tuyos. Por ellos has venido a luchar románticamente ¿Qué? ¿Te encuentras a gusto entre ellos? ¡Yo sí! ¡Yo os encuentro admirables! Pero no porque crea estúpidamente que van a redimir a la humanidad ni porque los considere capaces de otra cosa que de asesinas y robar, sino precisamente por eso, por su fuerza destructora, porque sé que ellos mismos son los que van a acabar con todos vosotros, con vuestra república y vuestra democracia. Yo no creo en el pueblo y sus virtudes. Creo en los héroes, en los hombres que saben mandar y obedecer y morir por su deber si es preciso; creo en los jefes y en los facistas y en los militares. Mía padre era militar y murió en África luchando; mis hermanos son oficiales del ejército de Franco, yo ...

Se detuvo cambiando de tono, habló luego con voz más grave y profunda.

... Yo debía haber sido tu perdición. Te busqué y te llevé al *music-hall* para que te emborrachases como un imbécil y obtener de ti cuanto necesitaba. ¡No he sabido hacerlo porque me has dado lástima! ¡Vete!

Subían lentamente un repecho desde cuya cima se veían los primeros resplandores del nuevo día. Ella con la cara vuelta rehuía la mirada de él.

¡Vete! Hubo un momento, en que creí que eras un aventurero y pensé que podría arrastrarte fácilmente a que desertaras. Vine contigo pensando en que los crímenes de esta gente te darían al fin repugnancia y reaccionarías como yo hubiese querido: pasándote al bando fascista. Ya sé que nunca serás capaz de hacerlo y que tu triste destino es el mismo de esos dos pobres imbéciles del comité de Benacil que traemos prisioneros. Perecer asesinado por esta canalla a la que amas tanto. ¡Vete! ¡Vete!

Pues vente tú conmigo, respondió Jorge.

¿Yo? ¿Para ponerme como tú al servicio de los rojos? ¿Para sentirme por tu culpa enfrente de los míos? ¡Nunca! Ya te he dicho que no te creo capaz de una traición. ¿Por qué supones que yo voy a ser capaz de hacerla? ¡Vete!

¿Qué harás tú entre esta gente?

Animarlos, estimular sus instintos, poner en tensión su fuerza destructora. Ellos, sólo con sus crímenes, son capaces de hacer fascista a todo el país. Así sirvo a mi causa. Vete tú a servir la tuya.

¿Y si yo te mato ahora?, le dijo Jorge sujetándola del brazo.

Ella lo miró fijamente: serías un asesino más entre asesinos.

Cuando los camiones alcanzaron a Pepita dio un salto, encaramándose en la trasera de uno de ellos, partió y dejó a Jorge al borde del camino sin decirle adiós y sin volver la cabeza para mirarlo.

¿Y el inglés?, le preguntó el miliciano que la ayuda a saltar al camión.

¡Ahí lo de dejado, es muy aburrido!

¡Ya era hora, guapa!, comentó le miliciano relamiéndose.

Jorge sintió el deseo de correr detrás de la Columna de Hierro. Algo de su ser se iba tras ella ... pero emprendió camino de retorno a Benacil. Cuando llegó al lugar donde estuvo detenida la caravana, encontró al borde del camino los cadáveres de los hombres que habían sido fusilados por la espalda. Estaban cogidos de la mano fraternalmente.

El gobierno al fin se decidía a acabar con el bandidaje de aquellas columnas de desertores del frente que assolaban el país. Como no se conseguía aniquilarles se dispuso que las escuadrillas de aviones vigilasen sus desplazamientos y los bombardeasen implacablemente.

Jorge se ofreció voluntario para prestar ese servicio. Iba pilotando un aparato de caza al frente de una escuadrilla ... Dio la vuelta y al pasar de nuevo los camiones dejó caer en el centro de la columna la carga de bombas que llevaba. Tras el suyo, los demás aparatos de la escuadrilla repitieron la maniobra y al volver vio cómo los bandidos que no habían sido alcanzados por las explosiones abandonaban sus camiones y huían a campo traviesa en todas direcciones. Entonces descendió aún más, y volando temerariamente casi a ras de tierra, izo funcionar su ametralladora y barrió los grupos fugitivos. Fue una cacería implacable.

Erguida en la techumbre de un camión estuvo desafiándole una figura de miliciano fina y breve, que se mantuvo enhiesta mientras las demás se aplastaban contra la tierra. ¿Era ella?

De lo único que estaba seguro era de que la última ráfaga de ametralladora la tiró a tierra. Pag 111-134.

El tesoro de Briesca

Los tesoros de iglesias, conventos y palacios pertenecían al pueblo. Los tesoros eran del pueblo y seguirían la suerte del pueblo. Arnal diría que de Briesca no se sacaría ni un alfiler. Sin embargo, la última palabra la tendrían los cañones de Franco, que a media tarde se pusieron a bombardear el pueblo desde unas alturas próximas.

Las obras de arte y joyas arqueológicas que tuviesen, a juicio del camarada Arnal, un positivo valor de estimación, serían guardadas con absoluto secreto en algún lugar que sólo conocerían tres personas: Arnal y dos de los miembros del comité; y, finalmente, los ornamentos de culto que careciesen de valor, imágenes de factura moderna, candelabros de latón, viejos misales, todo lo que no tuviese cotización en el mercado profano, sería implacablemente destruido por el fuego. La conciencia antirreligiosa del pueblo revolucionario exigía para su plena satisfacción que este auto de fe se verificase con toda solemnidad. El camarada Arnal quería salvar de la quema toda aquella bisutería sacra que los milicianos amontonaban y trataba de convencer al comité con el argumento de la conveniencia de conservar todo aquello que el día de mañana podría tener gran valor documental: con las imágenes desgraciadas, telas infames, cromos groseros, atroces disciplinas, rosarios burdos que hacían los pastores y sucios exvotos podrían formar más adelante un curioso museo antirreligioso que educase en el ateísmo a las generaciones venideras.

Todo lo que no era oro o plata ni tenía un positivo valor artístico iba a alimentar la hoguera encendida en la plaza mayor.

Con aquellos lienzos y esculturas, obras de arte únicas en su género, que podía valer millones, hicieron tres grandes paquetes y, ya de madrugada, después de cerciorarse de que nadie les espiaba, cargaron con ellos, y provistos de pico y pala, se perdieron *en los callejones desiertos del pueblo. Arnal traía las uñas partidos y los dedos ensangretados* de arañar la tierra. Se miraron y dijeron: nadie dará jamás con el tesoro.

Arnal se quedó allí expurgando entre las menudencias del despojo en espera de que se hiciese de día. Una tablita borrosa en la que se adivinaba una virgencita ... ¡Qué valor de afección, qué saturación de blanda humanidad había en aquellas pequeñas cosas! La enérgica reacción que le hacía tirar la evocadora nadería diciendo inexorable: *¡Al fuego! ¡Al fuego!* No le impidió apartar amorosamente un montoncito de objetos humildes en los que la piedad rezumante ponía una inevitable sugestión: *Soy un cochino sentimental*, pensaba.

Tras aquel auto apareció otro de turismo con seis u ocho heridos amontonados en el interior y cinco o seis milicianos despavoridos colgados de las aleras. Contaban que por la carretera venían corriendo a pie grupos compactos de milicianos, que habían tirado los fusiles para escapar más rápidamente se colgaban de los automóviles sanitarios que pasaban. La plaza de Briesca comenzaba a poblarse de gente aterrorizada que salía de las casas inquiriendo detalles de la batalla y de milicianos fugitivos que llegaban de la línea

de fuego. Hizo su aparición en la plaza del pueblo un auto, del que se tiró furioso un hombre que, pistola en mano, se fue hacia los milicianos increpándoles: ¡Cobardes! ¡Cobardes! Os voy a fusilar a todos. Era el comandante militar del sector, que pretendía contener la desbandada.

Un miliciano, a quien le ensangrentó la cara y se agarraba a sus piernas, le produjo la sensación de una alimaña rabiosa, a la que hubiese aplastado. Ante tal panorama y viendo todo perdido, el comandante gritó: *¡Viva la República! ¡Viva la revolución!*, y de dio una descarga que le dejó inerte.

En la plaza desierta, sólo quedaban junto al rescoldo de la hoguera sacrílega los cuerpos sin vida del desertor y del héroe, víctimas uno de su instinto y el otro de su deber, ambos sacrificados a la barbarie de la más cruenta de las guerras.

Un grupo de 20 o 30 pretendía a todo trance subirse al camión sanitario para huir más aprisa y hubo un momento en que, ciegos de terror, amenazaron con desalojar a viva fuerza a los heridos para ocupar sus puestos. La bestia humana había roto sus ligaduras.

Arnal, cuando el auto sanitario arrancó y lo vio alejarse, tiró la pistola sintiendo asco y vergüenza de vivir y ser hombre. Volvió al lado de un moribundo, que ya había dejado de existir. Un poco más allá estaba también el cadáver abandonado del otro muchacho del comité. Luego echó a andar por la carretera de Madrid. Los aviones rebeldes pasaban y repasaban sobre su cabeza ametrallando al rosario de fugitivos, que a veces quedaba cortado por las ráfagas de plomo, como cuando se corta de un pisotón la procesión de un hormiguero.

Desde Madrid la guerra se veía como el flujo y reflujo de una gigantesca marea humana, cuyas oleadas impresionantes iban a romperse en el acantilado del frente. De toda España republicana llegaban millares y millares de hombres enrolados voluntariamente para combatir al fascismo. Los trenes militares volcaban día tras día sobre la capital masas compactas de combatientes reclutados en los últimos rincones de la Península.

La lucha contra el fascismo, predicada por villas y aldeas como se predicaba la guerra santa en los burgos medievales o en las cabilas africanas, levantaba en masa al pueblo y lo lanzaba en oleadas gigantescas sobre el frente.

Sin ninguna eficacia. La punta de acero de las vanguardias fascistas hendía fácilmente aquel informe amasijo de voluntades fervorosas e indisciplinadas, que, apenas chocaban con la férrea disciplina y la técnica profesional del ejército sublevado, perdían su fuerza imponente y se deshacían como la espuma. Unas tras otras, las columnas de milicianos quedaban aniquiladas tan pronto como entraban en fuego. El pueblo no sabía hacer la guerra. Los mejores se hacían matar estérilmente; los demás tiraban los fusiles y huían por Andalucía, Extremadura y Castilla la Nueva.

Los verdaderos militares de corazón, que sabían a conciencia su oficio, estaban al lado de Franco. El improvisado ejército del pueblo no tenía jefes ni oficiales. Los pocos que por azar se quedaron al lado del gobierno de la República fueron desertando o sucumbieron en el desempeño insensato de

convertir en soldados a unos hombres, que precisamente se alzaban en armas contra cuanto fuese espíritu militar. La reacción miliciana al sentirse derrotados era fatal para ellos: *Hemos sido vendidos, gritaban, fusilemos a los jefes.* Después tiraban los fusiles y volvían a Madrid a poblar cafés y cervecerías.

Este flujo y reflujo de la marea humana era lo que de la guerra se veía en Madrid. Así fue avanzando el ejército de Franco casi sin encontrar resistencia, cayendo Talavera y Toledo.

Los líderes de los partidos proletarios, convertidos de la noche a la mañana en estrategas, llevaban a sus hombres a la derrota. Cuando las lecciones del frente impusieron la apremiante necesidad de estrategias militares para sus frentes, los milicianos tuvieron que ir a buscarlos a las celdas de la cárcel, donde los tenían recluidos como enemigos del régimen. Durante unas semanas, el hombre que desde el ministerio de la Guerra dirigía las operaciones del ejército rojo era un general tachado de fascista, que mientras estudiaba los planes del Estado Mayor y decretaba los movimientos de las tropas tenía a sus costados dos milicianos que le vigilaban recelosos con las pistolas al alcance de la mano. El primer día que pudo burlar la vigilancia de sus guardianes se pasó a las fuerzas del enemigo.

Mientras, los partidos proletarios se aplicaban encarnizadamente a organizar el nuevo orden revolucionario, la edificación socialista. Desinteresados de la contingencia de la guerra y descartando la victoria final, creaban a retaguardia de tan inconsciente ejército una formidable burocracia encargada de socializar o colectivizar la vida entera del país: consejos obreros, comités de abastecimiento, juntas de inquilinos, directivas de sindicatos y sobre todo la augusta función del control. Los anarquistas habían creado un Grupo Gastronómico de la FAI que consagraba a la custodia de depósitos de jamones a los más bizarros y heroicos de sus milicianos. También había una potente organización de la Contraguerra, que se dedicaba a cobrar afanosamente el importe de alquileres de viviendas madrileñas.

Entretanto, las tropas de Franco se habían apoderado de Toledo, casi sin luchar, y avanzaban rápidamente sobre Madrid.

El camarada Arnal, buen artista, acaso uno de los mejores pintores jóvenes de España, había sido designado por el gobierno para formar parte de la Junta de Incautación y Conservación del Tesoro Artístico Nacional. Le dieron un automóvil y una escolta de milicianos armados con fusiles con la consigna de: *Salve Vd todo lo que buenamente pueda.*

Mala prueba para el materialismo histórico la guerra civil de España. Milicianos sin control se apoderaban de las riquezas de palacio y a disponer de ellas a su libre albedrío. Al inspeccionar uno por uno los salones, advirtió el expolio y trató de impedirlo ... Requirió la presencia del jefe de aquella tropa e, invocando la autoridad de que se sentía revestido y en nombre del gobierno, le conminó a que cuanto había en el palacio fuese escrupulosamente respetado, a que se restituyesen a su lugar las piezas que habían desaparecido y a que los salones que él designara fuesen sellados y custodiados. El jefe de la tropilla

empuñó su pistola y, apretándole el cañón contra el cuerpo, le decía: *Vete, anda. Que no te vea yo más por aquí. Largo. Vete ahora mismo. Vete y llévate el cuento a tu gobierno. Diles a tus ministros que no te hemos matado por lástima. Que venga ellos si quieren algo del palacio. ¡Largo de aquí, ea!*

Los milicianos apuraban las viejas botellas de la aristocrática bodega.

Eh, tú, artista, ven a echar un trago con nosotros y no te enfades, le gritó otro miliciano.

Arnal salió entristecido. ¿Qué haría? ¿Denunciar a aquella cuadrilla de bandidos? ¿Dónde? ¿Quién le haría caso en aquellos momentos? Una mañana se enteró de que los milicianos habían abandonado el palacio. Fue allá y comprobó con desconsuelo que lo habían arrasado. Lo que no pudieron llevarse lo destrozaron. El eje de aquella cuadrilla había sido asesinado en unos jardincillos del cerca del cuartel de la Montaña. Junto a su gorro y sus estrellas de capitán le colgaba un cartel de la nuca: *Por ladrón.*

Cada día parecía más absurda y sin sentido su tarea. Cuando la vida humana había perdido su valor y los hombres morían a millares diariamente, ¿qué sentido podían tener arte, testimonios de un glorioso pasado o valores espirituales por cuya conservación se desvelaba? Pensaba que cuando los hombres podían ser inmolados en masa con tan inhumana indiferencia, lo menos que podía pasar era que pudiesen sin duelo las obras del espíritu que no sirvieron para evitar semejante barbarie. ¡No dejemos ni rastro del pasado, asesinemos la historia!

En el instante mismo de sus meditaciones se alzaron en la oscuridad de la noche seis llamaradas gigantescas que iluminaron con sus siniestros resplandores el cielo anubarrado. Madrid ardía por los cuatro costados. Una escuadrilla de enemigos había arrojado en diversos lugares de la capital numerosas bombas incendiarias, que prendieron en media docena de edificios, provocando aquellas seis hogueras, que daban la impresión de Madrid ardiendo. Uno podría haber sido el palacio de Liria, de los duques de Alba. Su riqueza era enorme. Arnal, a despecho de sus reflexiones, corrió desolado al lugar del siniestro. Aquel incendio acabó por desmoralizar a Arnal.

A Arnal le nombraron comisario político. U primer día en el frente asistió impotente a la desbandada habitual de milicianos. Nada les contenía. Cuando avanzaban los tanques o volaban sobre ellos los aviones ametrallándoles a mansalva, no había nada eficaz para dominar su pavor y contenerles, ni arengas vibrantes, ni patéticas imploraciones, ni amenazas; nada. El aparato bélico del ejército rebelde les impresionaba terroríficamente, y a las dos horas de fuego los hombres más entusiastas, los obreros más conscientes y los más recios campesinos tiraban las armas y huían. Era inútil. Aquellas masas eran incapaces de hacer la guerra en campo abierto. No sabían.

El capitán veía furioso cómo el último grupo de milicianos fugitivos doblaba a todo correr el recodo de la carretera de Madrid. Cogió un fusil, que al huir habían tirado y se echó el arma a la cara para disparar contra ellos. Arnal le desvió el arma.

Es inútil, camarada. Con eso no conseguiremos nada. El capitán tiró el arma desalentado. Ya no puedo más, dijo. Me han hecho venir corriendo desde Extremadura delante de una tropilla de moros. No doy un paso más. Aquí me quedo. Que vengan los fascistas y me fusilen.

Vamos, camarada, le contestó Arnal. Ánimo. Nuestros hombres no saben hacer la guerra. Ya reaccionarán. A las puertas de Madrid se harán fuertes y venceremos.

¿Vencer? ¿Con esa canalla? ¡Nunca! No venceremos nunca.

Arnal le miró con mal ceño. Lo que llamas canalla es el pueblo ¿Sabes?

¡Una vil canalla! ¡Un rebaño de borregos! ¡Qué se vayan! ¡Que sigan corriendo! ¡Vete tú también que eres de su ralea! Yo soy militar, ¿sabes? ¡Militar! Y no voy a enseñaros a ti y a esos cobardes y a los fascistas, a todos, cómo se puede morir con decoro ¡El pueblo! ¡Puaf! ¡Qué asco!

Arnal sintió deseos de lanzarse sobre él y estrangularle. Le echó una mirada de odio y le escupió. Al final militar. ¡Fascista! Dio media vuelta y se fue por el mismo camino de los milicianos. El capitán, plantado en la plaza del pueblo abandonado, le gritaba desde lejos: Ven acá cobarde, si quieres aprender a morir.

Ya sólo, arrastró una ametralladora hasta emplazarla detrás de un apoyo de piedra en el centro de la plaza, colocó munición, encendió un cigarrillo y se puso a esperar tranquilamente.

Al día siguiente, Arnal, en una trinchera de los arrabales madrileños habló tristemente a los milicianos. Las palabras le quemaban en la garganta. Aquellos hombres le escucharon cabizbajos. Oyeron contar cómo había sabido morir su capitán después de renegar de ellos. Cómo se había suicidado para redimirse de los cuatro meses de huida vergonzosa delante del enemigo, a donde le habían arrastrado.

Hoy, les dijo Arnal, volveréis a sentir miedo y huiréis otra vez. Yo caeré hoy aquí, lo prefiero. ¡Viva la revolución!

Una ráfaga de plomo le abatió en el acto. Mientras se moría quiso hacer examen de conciencia y no pudo. Se murió sin saber que su gesto no había sido tan estéril como creyó. Los milicianos no huyeron aquel día. Resistieron por primera vez y, cuando comprobaron maravillados que se podía resistir, atacaron. Madrid, que debía haber caído al día siguiente no cayó. Resistió un día, otro, otro, una semana, un mes ...

El cadáver de Arnal fue rescatado por sus camaradas. En la cartera del pecho le encontraron un borroso apunte de un miliciano yacente, que fue a parar a la exposición de documentos de la guerra civil de la sección de Propaganda del Segundo Regimiento. *Aquel miliciano muerto*, de líneas imprecisas valía por dos obras maestras del Greco. Pag 138-160.

Los guerreros marroquíes

El moro Mohamed, parapetado en una roca, acechó el instante preciso, empuñó el cuchillo y lo hundió en el cuerpo del miliciano que tenía más cerca, se agachó para coger el fusil, disparó contra otro y se volvió hacia el tercero, que tirando la escopeta, daba media vuelta y echaba a correr. No tuvo tiempo de disparar. El cuarto miliciano, un recio cabrero, se echó sobre él embistiéndole con la cabeza como un jabalí, rodando por tierra los dos, estrechamente abrazados en el suelo. El cabrero abrió las fauces y hundió sus colmillos en la garganta del moro, como animal de presa. El moro estaba vivo aún; debía tener siete vidas.

Un miliciano preguntó, ¿lo remato?

No, respondió el cabrero. Vamos a llevarlo al pueblo. Si por un lobo muerto dieron cinco duros, por un moro darán no menos de cincuenta.

Partiendo de Ávila, las tropas rebeldes intentaban atravesar los puertos de la sierra para descolgarse sobre el valle, en poder de las fuerzas leales y abrir así un camino hacia Madrid. Los milicianos de la República se habían hecho fuertes en las cimas de las montañas.

Una de las patrullas de aldeanos había descubierto al moro Mohamed en uno de los rincones inextricables de la sierra. Una punta de vanguardia del ejército rebelde formada por moros y legionarios se había infiltrado por uno de los pasos accesibles y avanzaba por retaguardia de los milicianos que defendían las gargantas de los montes, con el propósito de sorprenderlos atacándolos por la espalda. Separado del núcleo de estas fuerzas, el moro Mohamed se había extraviado y caminando al azar, se encontró con la patrulla de milicianos que lo habían capturado. Al cazar al moro en el término municipal, lo miraban sus vecinos como rara y difícil alimaña, más que la cabra hispánica de sus serranías.

En el seno del comité se entabló un largo debate sobre qué hacer en aquel caso insólito. Un miliciano quiso hacer una fotografía del prisionero para mandarla a los periódicos ilustrados; pero no hubo manera de que se dejase fotografiar, creyendo que lo iban a fusilar. Tal vez no hubiera visto una cámara fotográfica en su vida.

La voz ronca del pueblo, capitaneada por el cabrero que había capturado al moro, dominó los discursos de aquellos teorizantes. El moro era del pueblo. Había que entregárselo al pueblo para que hiciera con él su soberana voluntad. Y como los responsables no se lo entregaban por las buenas, los vecinos decidieron apoderarse de él por las malas: un grupo armado se presentó en el hospital, lo sacó a un callejón, lo pusieron contra una pared y cayó acribillado aún con su estúpida sonrisa en los labios.

El alma en pena del moro Mohamed debe vagar por el paraíso en busca de Mahoma para preguntarle: *¿me quieres explicar, ¡oh Profeta!, para qué se tomaron el trabajo de curarme tan amorosamente si habían de matarme luego?*

La noticia de que los moros y el Tercio bajaban del monte asolando el país y fusilando a cuantos hombres encontraban, congregó en las plazas de los

pueblos aterrorizados a millares de campesinos dispuestos a vender caras sus vidas.

¡Armas! ¡Armas!, gritaban desesperados.

Era inútil. No las había. Sin embargo, las masas de campesinos armados con palos, hondas, hoces y viejas escopetas estaban dispuestas a luchar. Acudió a última hora una columna de milicianos enviados por el gobierno de Madrid, a la que se incorporaron los mozos más conjurados de los pueblos del valle.

¡Camarada comandante, déjenos ir con la tropa!, pedían al jefe de la expedición.

¡Pero si no tengo fusiles! ¡Si no puedo daros ni uno! ¿Con qué vais a luchar?, replicaba el desolado comandante.

No importa; iremos detrás de los milicianos y cuando caiga alguno cogemos su fusil y seguiremos luchando.

Así se organizó la columna que había de contener el avance por el valle de los moros y Tercio. Detrás de cada hombre con fusil iba otro con los puños crispados, que esperaba a que el fusilero cayese para seguir disparando con su arma. Pocas veces la voluntad de un pueblo se ha mostrado con tan desesperado heroísmo. Arrastrados por el odio feroz a los invasores, aquellos campesinos de la entraña de Castilla y braceros de la sierra de Gredos iban a oponer sus pechos como barrera al avance de las tropas rebeldes.

La heroica resistencia se quebró al primer choque. Con el corazón no basta. Faltaban armas y disciplina. Los campesinos fueron derrotados y su desesperada resistencia sólo sirvió para irritar a los militares, que dieron rienda suelta a sus hombres y los dejaron desparramarse por el valle sembrando muerte y desolación. Los grupos de campesinos armados huyeron a la montaña, a dónde los persiguieron sañudamente moros y legionarios, que les infligieron un castigo implacable. Los prisioneros fueron fusilados en racimos. Hasta bien entrada la noche sonaron en los pinares próximos a Monreal descargas de fusilería.

Jefe u oficiales de la columna victoriosa fueron encontrándose en la plaza mayor del pueblo. El último en llegar fue el viejo caído. Venía al frente de una tropilla de soldados moros que traía ojos brillantes, fauces abiertas y espalda abrumada bajo pesados fardos que delataban su rapiña; alguno llevaba los brazos cubiertos hasta el codo de relojes de pulsera, su prenda más codiciada.

El oficial del Tercio que le había ofrecido vengar la muerte de Mohamed, le dio una palmadita en la espalda, diciendo: Bravo, caído; tú y tus hombres os habéis portado. No os hemos olvidado de lo que os prometí anoche. Ordenó a su asistente que trajera un pesado zurrón y lo tiró a los pies del caído. Toma, le dijo; creo que está bien vengada la muerte de tu mejazní. Ahí tienes cincuenta orejas de maristas.

En tres días impusieron los militares orden y paz en todo el valle del Tiétar. Nada más sencillo. Los campesinos volvieron a sus labores; los puños cerrados se convirtieron en brazos extendidos y manos abiertas; la Guardia Civil volvió a

ser dueña de los campos; y los falangistas organizaron la vida de los pueblos; las cárceles habilitadas por los rojos eran ahora priones para los rojos.

Las tropas abandonaron pronto la comarca, trasladándose al frente de Madrid, donde siempre en vanguardia eran la más firme esperanza de triunfo con que contaba el ejército rebelde. Los guerreros africanos se sentían orgullosos de ser el más firme sostén de la rebeldía. Su vanidad estaba colmada. Su afán de revancha, insatisfecho durante muchas generaciones, florecía de nuevo. Por el solo hecho de tener al alcance de sus fusiles a los infieles europeos, valía la pena arriesgar la vida. Disfrutaban viéndolos aterrorizados.

El caíd y sus hombres llegaron casi sin lucha hasta la Casa de Campo, desde donde se les lanzó al asalto por sorpresa de la Ciudad Universitaria. Desde sus colinas se divisaba Madrid, en la noche como la fantástica ciudad de *las mil y una noches*. Pensaban que sus tesoros estarían al alcance de su valor y sus manos.

Su conciencia de haber sido sistemáticamente humillados por los europeos y que ahora podrían desquitarse tomando Madrid, redoblaban su coraje y acometividad.

El primer día de asalto a Madrid los moros se lanzaron con ímpetu avasallador. Sin embargo, cegados por el fuego rojo tuvieron que retroceder dos veces, volviendo al asalto con redoblada ferocidad. A la tercera intentona llegaron hasta las primeras trincheras de los milicianos republicanos, entablando un cuerpo a cuerpo con los duros luchadores de la Europa civilizada. Aquel día aprendieron los moros que no todos los españoles eran *miserables hebreos* y que en aquella España, que desdeñaban, había una entraña dura e ímpetu vital que no cedía al viento asolador del desierto.

Durante el asalto a la trinchera, el viejo caíd descubrió a un miliciano rojo que, agazapado tras unos sacos terreros junto a un boquete, aguantaba a pie firme la llegada de soldados marroquíes, que pretendían invadir la trinchera por aquel boquete, y volteando la culata del fusil, cual maza, los abatía con furia terrible. Era un hombre recio, con traje azul de mecánico, júbilo salvaje y cara radiante. Cuando machacaba a un enemigo, saltaba de contento.

El astuto caíd se abrió camino a tiro limpio y por detrás llegó hasta su terrible enemigo. En el instante que el miliciano asestaba un golpe, el caíd se lanzó sobre él. Ni miliciano ni caíd erraron su golpe.

Sobre sus cuerpos inertes pasaban los moros por aquel boquete que el caíd mantuvo abierto. Pronto la trinchera estuvo limpia de milicianos. Los rojos se batieron en retirada y los moros lograron una nueva victoria.

El resto de la línea republicana se mantuvo firme y los sucesivos asaltos que intentaron la Legión, requetés y falangistas se estrellaron impotentes ante la resistencia desesperada de los defensores de Madrid. El avance de los marroquíes, no secundado por el resto de fuerzas rebeldes, formó en la línea del frente una bolsa, que corría peligro de ser estrangulada. El caíd y sus hombres quedaron aquella noche en las trincheras tomadas a los rojos, en la que procuraron fortificarse. Durante la noche fueron hostilizados por sus flancos. Al

amanecer, las baterías gubernamentales dejaron caer obuses sobre la posición y desde los flancos los morteros vomitaron su metralla sobre los marroquíes.

Pegados a la tierra aguantaron los moros el diluvio de fuego. Intentaron hacer un avance y fueron diezmados. Nadie acudía en auxilio de aquel puñado de valientes y el caíd se resignó a dar orden de retirada. Pero ya era tarde. Se habían cerrado sus flancos y cogieron a los marroquíes entre dos fuegos. Al intentar la huida se encontraron con los fusiles republicanos. Cayeron muchos. El caíd dio orden de retirada. Se rindieron. La operación había sido perfecta. El caíd y resto de moros vivos fueron hechos prisioneros. Cómo cambiaron aquellos bravos combatientes a humildes personas que suplicaban piedad a los milicianos con su triste mirada, como fieras, que se sienten cogidas en el cepo.

El caíd y sus hombres fueron llevados al puesto de mando del sector para interrogarlos. Se dispuso conducirlos a Madrid. La furgoneta cargada con dos docenas de cabileños paraba en todas las esquinas, rodeada de una masa de madrileños, que se regocijaban al ver saludar a los moros con el saludo antifascista. La exhibición de los moros no provocaba en el pueblo gran irritación contra ellos, consideraba a los moros inconscientes del mal que hacían, les miraban con lástima, como seres indefensos y bestias azuzadas; les daban cacahuets, como a las alimañas del zoológico del Retiro.

La gran masa popular, que no sabe hacer la guerra ni conoce sus exigencias, se mostraba indulgente con los moros y les hubiese perdonado la vida. Pero la guerra tiene sus terribles leyes y quienes en nombre del pueblo la hacían, decretaron implacables su muerte. En la noche, la furgoneta con los prisioneros buscó un paraje solitario de las afueras de Madrid. Había terminado la exhibición y llegaba la hora de deshacerse de aquella carga inútil de humanidad.

El viejo caíd preguntó al miliciano que lo custodiaba: ¿Matar moros ahora? Y el miliciano asintió y le dijo: yo quisiera que vivieras, pero no puedo hacer nada por ti.

Yo sabe, yo sabe, contesto el caíd. Moro sabe que tú estar conmigo. Moro también mataría. *Estar* cosa de guerra y hombres. ¡Alá es grande!

Los pusieron en fila contra una tapia y los segaron con ráfagas de plomo de ametralladora. Pag 164-186.

¡Viva la muerte!

Afuera de la estación, en el cuenco negro de la noche, unas sombras cruzaban las vías sigilosamente y se juntaban en la penumbra para preguntarse, ¿qué pasa?

El tráfico ferroviario estaba interrumpido. Un viajero importante, no se resignó y logró hablar con el jefe de la fuerza: ¿qué sucede, mi comandante?

Que en Asturias los mineros han proclamado el comunismo libertario, y el ejército, por orden del gobierno, se ha incautado de las comunicaciones ferroviarias para abortar el movimiento. Los revolucionarios pretenden extender su acción destructora a toda España y se teme que llegue hasta Valladolid un tren de dinamiteros.

Aquel viajero, hombre de orden, se fue a su casa felicitándose de la diligencia del gobierno y celo del ejército.

Entró un tren en sus agujas y un grupo de oficiales se encaró con el maquinista: ¡saluda como es debido!

El maquinista, sorprendido, miró al grupo de milicianos, echó una ojeada al andén desierto, vislumbró el peligro de los soldados y sin vacilación alzó el puño tiznado y gritó: ¡viva el Frente Popular!

Un balazo en el pecho le hizo rodar desde la máquina al andén. Le echaron encima una arpillera.

Los militares dieron órdenes para que fuesen tomadas las portezuelas de los vagones y hacer descender a los viajeros al andén con brazos en alto e internarles en la ciudad.

En una casetilla en entrevías una radio gritaba: ¡A las armas, ciudadano! ¡A las armas! ¡El ejército se ha sublevado contra el poder legítimo de la República!

Nutridos grupos de obreros acudían a conocer las noticias, que transmitían por radio desde Madrid gobierno y líderes del Frente Popular. Cuando los centinelas apostados en las vías denunciaron aquellas sospechosas concentraciones, los oficiales movilizaron a la tropa, haciéndola avanzar a los talleres y depósitos de material, donde se juntaban los obreros. Al divisar el primer grupo, el capitán ordenó ¡fuego!

Había comenzado la guerra civil.

Tirón y demás huéspedes del hotel dormían soñando con un paraíso de desfiles marciales, jornales, bajos, rentas altas, procesiones y fiestas de la raza, mientras el criado Pascual y las sirvientas Rosario, Carmen y Adela salieron sigilosos, encaminándose a la Casa del Pueblo de Miradores, donde se concentraba la izquierda del pueblo. De madrugada llegó en automóvil un dirigente socialista que recorría los pueblos serranos con instrucciones concretas. La guardia civil recibió orden terminante de continuar a disposición de

las autoridades locales, republicanas y socialistas. No pudo impedir que antes de amanecer el pueblo se armase.

A las siete de la mañana Pascual con escopeta y brazal rojo vigilaba mano a mano con otro camarada la carretera a la entrada del hotelito. Cuando Tirón salió se encontró con que se cruzaba en su camino la escopeta de Pascual, que le dijo con énfasis: ¡atrás ciudadano, no se puede salir!

¿Quién eres tú para detenerme? Hizo un gesto de desdén e intentó avanzar.

El camarada que acompañaba a Pascual, preguntó a éste: ¿le tiro?

Tirón, ciego de ira y miedo, se volvió al hotel, mordiéndose los puños de rabia. Aquellos bárbaros eran capaces de matarlo.

Escena que produjo gran revuelo entre sus huéspedes. Cuando los señoritos se convencieron de que estaban *a merced de la canalla*, fueron resignándose y aplacándose. Las noticias les aconsejaban prudencia. En Madrid, el cuartel de la Montaña había sido asaltado por el pueblo, que fusiló inmediatamente a los oficiales rebeldes. Rosario, Carmen y Adela venían jubilosas con sus mejillas encendidas, ojos brillantes, pañuelos de seda roja al cuello e insignias socialistas en el pecho. Entraron el comedor, levantando el puño y gritando: ¡salud, camaradas!

El pueblo triunfaba. Después de vencer a los rebeldes en Madrid, los obreros, que se habían provisto de armas en cuarteles asaltados, salían en camiones para apoderarse de Getafe, Cuatro Vientos, Alcalá y Guadalajara. Aquella noche llegaría a la sierra una columna de paso hacia Ávila, donde se habían hecho fuertes los rebeldes.

Rosario, Carmen y Adela, triunfantes, se brindaron a darles de comer. Pero las señoras tenían que ayudar. La revolución social triunfaba y tofos enían el deber de trabajar.

El señor Tirón tenía el plan de salir del hotel y contactar con elementos derechistas de Miradores y pueblos próximos, que tal vez habrían establecido contacto con los rebeldes. Se aventuró a salir por la puerta del corral, burlando la vigilancia de los milicianos.

Llegaron a Miradores los primeros camiones con obreros, guardias de asalto, guardias civiles y milicianos, que venían de Madrid, tras derrotar a los rebeldes; iban camino de Ávila, cantando *La Internacional*.

Los militares rebeldes, sólidamente atrincherados en formidables posiciones estratégicas de la Sierra, estudiadas y preparadas, habían ametrallado a placer a los bisoños combatientes del pueblo, haciéndoles una carnicería espantosa. Los rojos, tras unas horas de resistencia, se batieron en retirada. Los camiones volvían del frente abarrotados de muertos y heridos, que se amontonaban en la plaza, donde eran acibillados por los fascistas del pueblo y contornos, parapetados en ventanas y tejados.

En la oscuridad y en automóviles con luces apagadas huyeron de Ávila los huéspedes más decididos, entre ellos la señora Tirón. Rosario, Carmen y Adela velaban el cadáver de Pascual en el suelo de la cocina.

¡Tenéis que llevaros eso de aquí! Vendrán los militares y creerán que este hotel ha sido nido de marxistas. ¡Echadlo a la carretera!

Sin embargo, quien llegó de Madrid dos horas después fue una columna de milicianos del pueblo. Los primeros camiones fueron recibidos a tiros por fascistas emboscados, que pronto se vieron emboscados por combatientes republicanos. Madrid se despoblaba para ir a la Sierra a defender a la República. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, armados con fusiles de los cuarteles llegaban en camiones y camiones. La presión formidable de esta gran masa humana hizo saltar de sus parapetos y escondites a los facciosos. Fueron perseguidos como alimañas y muertos en el acto. El cura del pueblo hacía fuego con su carabina desde una tronera del campanario. Cuando los milicianos subieron a la torre le voltearon y lanzaron al espacio, su sotana negra revoloteó un instante en el cielo blanco como pajaraco disparado.

Rosario se detuvo aturdida, viendo en la tapia por la que pasaría, alzar los brazos a un hombrecillo, desplomado por los balazos de un pelotón de milicianos apostados en la esquina. Se quedó inmóvil delante del cadáver. Las balas le habían alcanzado cuando echaba la última mirada a un retratito descolorido, que debió sacar de su cartera, en la que se veían a dos niños vestidos de blanco. Rosario tuvo que apoyarse en la tapia para no caer^[w1].

En la cocina se encontró a Tirón, que seguía mirando el cadáver de Pascual. *Tome esto*, le dijo Rosario. *Es el carné de socialista de Pascual. Póngase una blusa de obrero para que no lo conozcan y huya, si no quiere que le maten.*

Tirón con ojos brillantes, tomó ansiosamente el carné y quiso besar las manos que se lo tendían. Rosario lo rechazó. *¡Váyase! ¡Váyase!* Y lloró como una chiquilla.

Gran desfile fascista en la plaza Mayor de Valladolid. Media mañana, sol y repique de campanas. Bajo los soportales una muchedumbre silenciosa de milicianos fascistas. En las primeras filas, niñas que agitan banderitas con colores de la monarquía y señoras entusiastas con velo o mantilla que periódicamente exaltan y vitorean con voces delgadas y quebradizas a los salvadores de España. Detrás mucha gente borrosa, entre la que unos hombres aprietan puños crispados contra el forro de los bolsillos.

En el cuadrilátero despejado de la vieja plaza comienza la parada. Desfilan *pedritos* y luego *flechas*, niños uniformados al modo de Roma y Berlín, que juegan a soldados. Las fanfarrias hacen sonar *Giovinezza* y *Horsts Wessel*. Estallan vivas a España y Ejército Nacional. Luego vienen las centurias de Falange Española ...

Una voz anuncia que el general no hablará porque está ronco. Se rendirá homenaje a la memoria de los héroes nacionales asesinados por los bandidos rojos. Tiene la palabra el excelentísimo señor don Cayetano Tirón.

Erguido, con insignias de Falange en el pecho, pistola en cinto, el señor Tirón evoca con arrebatadora elocuencia una de las más gloriosas hazañas del

fascismo vallisoletano: la muerte heroica del jefe territorial de Falange, vilmente asesinado por hordas marxistas en el pueblecito de Sanbrian.

Sin embargo, una mujer insensible a cuanto le rodea, que se ha quedado sola en su casa, de una calle desierta de Sanbrian, inmóvil en la puerta, cuenta la historia de aquel terrible episodio que el Señor Tuirón narra en la plaza con vibrantes y encendidas palabras, con sencillas palabras:

Dijeron que había revolución en Valladolid, que los señores habían quitado la República para volver a ser amos de lo suyo y que los hijos de los señores venían por los pueblos matando a los pobres. Los hombres de Sanbrian decidieron que no los dejarían entrar, que si los ricos hacían una revolución, los pobres harían la suya, que más somos los pobres que los ricos y que a las malas podríamos con ellos. Algunos vecinos no se atrevían. Más valía estarse quedos. A todos no nos van a matar, pensaban. Pero los mozos del sindicato dijeron que sí, que nos matarían a todos, y aunque la verdad, nadie lo creía, se resolvió el pueblo a cerrarles las puertas y a campar por su respeto. Al principio todo fue bien. Echamos al cura y al cabo de la guardia civil. Los tres o cuatro ricos que había en Sanbrian se fueron ellos solos, y los del sindicato se pusieron a mangonear, por aquello de que siempre ha de haber alguien que mande. No hubo ninguna muerte, eso sí, pero los de los sindicatos entraron en las casas de los ricos, se apoderaron de los bienes que habían dejado y los repartieron entre los pobres. Estaba mal hecho, señor, y muchos infelices ni siquiera se atrevían a tomar lo que les daban. Pero a los pocos días, como temíamos, volvieron al fin los hijos de los señores, los señoritos. Venían en tres o cuatro automóviles y traían fusiles y pistolas. Para asustar al pueblo entraron disparándoles sin ton ni son, a diestro y siniestro. Venían por la tremenda, y por la tremenda los recibieron los mozos del pueblo. Apostados en una esquina los aguardaron con las escopetas echadas a la cara y cuando los tuvieron a tiro los ametrallaron. Así cayó ese jefe de ellos, cuya vida tan cara hemos pagado. Venían matando, señor, ¿cómo querían ser recibidos?

Los demás huyeron; alguno iba malherido. Los mozos del sindicato se quedaron muy ufanos, pero ya recelábamos que aquella muerte habíamos de pagarla, aunque nunca creíamos que nos la cobrarían tan cara. Ocho o diez días después nos dijeron que venían tropas de Valladolid. ¡Que tropas, señora, qué tropas! No son peores los chacales. Al principio se les hizo resistencia. ¡Nunca la intentáramos! Las máquinas que traían vomitaban fuego y plomo sobre el pueblo. Los hombres caían segados como mieses. No pudieron resistir y se fueron al campo para seguir luchando. Los que quedamos en el pueblo pusimos banderas blancas y nos encerramos en nuestras casas a esperar que llegasen las tropas. ¡Ojalá hubiésemos luchado hasta el último instante de nuestras vidas! Aquellas tropas de moros y renegados fueron casa por casa rompiendo las puertas a culatazos y matando delante de sus mujeres y sus hijos a cuantos hombres encontraron, jóvenes y viejos, amigos y enemigos, buenos y malos, rebeldes y sumisos. No quedó uno solo. En Sanbrian no quedó un solo hombre con vida. Tras los moros y renegados venían los hijos de los señoritos, y como

ya no había hombres que matar, mataron mujeres. Aquellos no eran seres humanos, eran fieras. Lo que han visto mis ojos ni se había visto antes ni se verá jamás. Aquella misma noche, entre el ruido siniestro de las descargas y los gritos ahogados de los que sucumbían, las pobres mujeres de Sanbrian tomaron a sus hijos de la mano, estrecharon contra su pecho a los más pequeñuelos y huyeron al monte aterrorizadas. Los centinelas tiraban al bulto contra aquellas sombras fugitivas. Alguna de ellas cayó atravesada por un balazo y hasta que fue de día estuvo a su lado una criatura que lloraba a la noche inmensa sin atreverse a soltar la mano crispada que poco a poco se le iba quedando fría entre los deditos tiernos.

Huyeron todos, viejos, niños y mujeres. A los que no huyeron los mataron. No quedó alma viviente en el pueblo. Sólo yo. Desde aquella noche horrible no hay en Sanbrian más ser vivo que yo. Mataron a mi hombre delante de mis ojos, huyeron mis hijos. ¿Para qué huir? Esperé a que me matasen también. No sé por qué no lo hicieron.

A partir de entonces soy el único ser humano que habita en el pueblo. Alguna vez durante la noche, ha venido escondiéndose tal o cual madre o esposa fugitiva anhelando saber la suerte de los suyos. Cuando recorren estas calles y estas casa vacías y en silencio, cuando comprueban asustadas que no queda alma viviente, huyen otra vez aterradas. Sólo yo estoy aquí para llorar y rezar por todos.

Una clamorosa ovación subrayó la últimas palabras del excelentísimo señor don Cayetano Turón, encargado de rendir homenaje a la memoria del jefe territorial de la Falange Española, vilmente asesinado en Sanbrian, y de cantar la gloriosa acción del Ejército Nacional que liberó al país de la tiranía de los bandidos rojos.

Aplausos, felicitaciones, saludos vítores, charangas y desfiles brillantes. Los falangistas recorrían las calles de Valladolid al grito de *¡Viva la muerte!, ¡Viva la muerte!*,

Lo de Sanbrian, señor Tirón, fue tal como Vd. lo ha contado, le decía Paco el camarero. Yo estuve allí. Y si no fue así, tendrá que venir algún vecino del pueblo a rectificarnos, que para no dejamos ni uno.

Tirón, que sabía a qué atenerse respecto de la verdad histórica y la verdad verdadera sofisticaba: el hecho en sí poco o nada importa. A la historia le interesa su sentido, la significación histórica que pueda tener, y esa no se la dan nunca los mismos protagonistas, sino los que después nos afanamos por interpretarla.

Y tú, Paco, reconocerás que aquello fue tal como yo lo cuento y no como tú, aturdidamente hubieras creído. Tú estuviste allí, pero para enterarte de lo que pasó te faltaba perspectiva histórica.

Aquella misma tarde llegó algo mermada a Valladolid la bandera del Tercio, que había luchado varias semanas en los alrededores de Madrid. Venía relevada, para descansar y cubrir bajas. Los legionarios impresionaron con sus desfiles. Marcaban el paso con mucho braceo, pidiendo palmas como los toreros. Traían cuellos desabrochados y brazos remangados. Llevaban al pecho grandes

escapularios con *Detente*, regalados por piadosas damas. Su legendaria ferocidad provocaba una extraña sensación de miedo y seguridad. E impresionaba aún más el asta de su bandera a base de tibias humanas engarzadas.

Terminado el desfile los legionarios se repartieron por calles, tabernas ... difundiendo sus hazañas. El día anterior los legionarios habían entrado a bayoneta cala en Miradores. Tirón al oír este nombre sintió un súbito malestar. Un oficial refería pormenores de sucesos y personas. Pero Tirón no se atrevió a preguntar por Rosario, Carmen y Adela. Prefería la incertidumbre a la enojosa certeza; la duda era una buena almohada.

Examinando la urgencia de su conciencia se dirigió a la prisión donde estaban los escasos prisioneros de Miradores. No se atrevió a preguntar directamente. Pidió una lista y comprobó impasible los nombres de sus tres sirvientas. Tirón preguntó indirectamente por ellas con tímido acento: ¿y estas tres mujeres?

Las peores. Con cien vidas no pagaban, le contestaron.

No será tanto, contestó Tirón.

Un jefe le miró con dureza, diciéndole: a Vd. no les consta nada. ¿Se ha olvidado de que es jefe de Falange Española? Así lo ha decretado la superioridad. ¿Tiene algo que añadir?

Nada, se cuadro. Estoy a las órdenes de vucencia. Salió destrozado. En su casa cogió la pistola para suicidarse y empezó a contar ... pero no pudo. Durmió y durmió. Parecía una alimaña en su cepo. Quiso reaccionar ... pero ya era tarde. Los camiones estaban de vuelta de los fusilamientos. ¿Cómo han muerto las tres mujeres?, preguntó.

Las jóvenes, le contestaron, no tenían ganas de morir. Pero un falangista le dijo: me ha impresionado la más mujer, una morena, fuerte y guapa ...

Rosario. Sí, paraba de llorar. Pag 189-214.

Bigornia

Le llamaban Bigornia, un ogro jovial, proletario metalúrgico de mono azul, arrabalero, que en vez de comerse niños los producía con fertilidad indecorosa. Era mecánico porque había conocido el primer automóvil, que llegó a España, la primera ametralladora, la primera linotipia, el primer aeroplano y desde su humilde menester de acólito de la metalurgia se había familiarizado con dogmas y misterios de la técnica moderna. Pertenece a esa última generación de obreros mecánicos que aún tienen cierto sentido humanístico de vivir y trabajar.

La gran ciudad no le había dominado ni aniquilado su fuerte personalidad, que no pudiendo subsistir en las estrechas celdas de las colmenas humanas de la ciudad, se evadía a los arrabales en busca de mayor espacio. Vivía tras los desmontes y basureros de la Dehesa de la Villa en una casucha, hecha de hojalatas abandonadas, con Antonia, su tercera mujer. Tenía veintitantos hijos, más los hijos naturales extrafamiliares, de los que vivían una docena larga, pues se le morían con la misma facilidad que nacían. Repartía a sus hijos pan a la vez que manotazos. Los domingos ensayaba nuevas invenciones mecánicas, que o estaban inventadas o no era necesario inventar. Además, desinteresadamente elaboraba y suministraba armas a cuantos rebeldes iban a pedírselas. En su casa siempre había una fragua y un yunque para facilitar a los resentidos de la ciudad el anhelo de luchar contra un orden social que Bigornia había declarado injusto y criminal desde el fondo anarquista de su alma. De aquel taller habían salido los artefactos infernales de los terroristas de hacía veinte años y las pistolas de la FUE, que lucharon contra la dictadura.

El cuartel de la Montaña, fortaleza casi inexpugnable, se había rendido, en la que tuvo gran protagonismo Bigornia. Sus recios muros tuvieron la misma utilidad que las murallas de Jericó.

Al anochecer el pueblo era dueño absoluto de Madrid y cuarteles de los cantones. La muchedumbre, victoriosa, desfilaba por la Puerta del Sol, esgrimiendo triunfalmente los fusiles cogidos al ejército. Los vencedores habían arrastrado consigo a la banda de músicos de un regimiento de infantería, haciendo sonar la *Internacional*.

Bigornia se metió en la pretina del pantalón azul su martillo de fragua y balanceando su corpachón de ogro, se fue paso a paso a su casucha de las afueras, donde le esperaban la mujer y la docena larga de hijuelos. Para que jugasen, les llevaba puñados de balas nuevecitas y rutilantes cordones de oro de un capitán ayudante.

Días más tarde los camaradas fueron a buscarle a su casucha, porque lo necesitaban, pues el triunfo del pueblo en las calles de Madrid sólo había sido el comienzo de la guerra civil en toda España. El avance constante de las tropas nacionales desembarcadas en Andalucía exigía que el proletariado se organizase militarmente. Había hombres de sobra, pero faltaban especialistas, mecánicos, gente capaz de utilizar el material de guerra, que se había cogido en

los cuarteles. Bigornia se alistó solícito en las milicias populares. Aunque cincuentón, era hombre fuerte, animoso y valeroso como si tuviera veinte. En su juventud fue un hércules, que derrotó a un popular luchador japonés de jiu-jitsu, que se exhibía en Madrid, fracturándole varias costillas. Su fuerte era la resistencia y cuando corría tenía la misma desconcertante agilidad de los paquidermos.

Entregó su ímpetu y tenacidad a la guerra civil. Lo destinaron al servicio de carros de asalto del ejército. Bigornia, ayudado por media docena de mecánicos jóvenes repasó los carros cuidadosamente. No quiso someter a las viejas máquinas a pruebas demasiado duras, porque, como Don Quijote, fiaba más en la celada y efecto terrorífico de su presencia que en la eficacia de su acción destructora. Tripulados por hombres bravos e insensatos proletarios salieron de Madrid a cortar el avance de las tropas rebeldes que venían de Extremadura, buscando con más ansia que diligencia al enemigo para retarlo a singular combate. Bigornia y sus camaradas avanzaban a paso de tortuga en aquellos caparazones ardientes. Los campesinos, al ver pasar tales monstruos, levantaban el puño y las mujeres hubieran querido hacerles la cruz del diablo. Tenían que detenerse con frecuencia.

Las tropas de milicianos cedían constantemente ante el avance de moros y Tercio, apoyados por la aviación italiana. Aquellas masas de obreros y campesinos armados con fusiles y sin disciplina eran barridas por la aviación. De pueblo en pueblo se retiraban desordenadamente. Aviones italianos y alemanes bombardeaban terrible y sistemáticamente a la población, que servía de base al desordenado ejército del pueblo. La población huía, dejando desabastecidos a los milicianos, que se quedaban sin intendencia, sin comida, agua, refugio ... aguantando pegados a los surcos de la tierra algunos días y echando a correr cuando podían. Así avanzaba el victorioso Ejército Nacional.

Un día, ya en línea de fuego, los pesados y armatostes carros republicanos atravesaron las líneas leales, metiéndose valientemente en terreno enemigo. Iban petardeando el campo y retemblando la tierra que hollaban con el estrépito de su herrumbroso mecanismo. Las avanzadas de los rebeldes se replegaron y los tanques llegaron victoriosos hasta una aldea evacuada el día anterior por los milicianos. Al frente de la caravana, con el torso desnudo fuera del caparazón de acero de la oruga, iba Bigornia. El cual con caja de herramientas a espalda y martillo en mano, saltaba de un tanque a otro, vigilando la marcha de sus motores y el difícil funcionamiento de su tracción. Cuando los carros salieron a tierra desnuda, les amenazó una treintena larga de aviones rebeldes, disparándoles con sus ametralladoras. Y, más lejos, apareció la caballería mora. Bigornia, furioso, hizo un rápido viraje, avanzando contra la fila de jinetes marroquíes. Tamborileaban las balas sobre las chapas de acero del blindaje. El tanque, a toda velocidad, reptaba por los surcos de labranza, se metía audaz en las hondonadas y trepaba jadeante por repechos persiguiendo a aquel enemigo inaprehensible de desconcertante movilidad. Hervía el agua del

motor, se ponía al rojo los cañones de las ametralladoras, que disparaban sin cesar y los tripulantes con fauces secas y sienes febriles, sentían la asfixia del acero recalentado.

Bigornia no podía más. Lanzó una maldición, sin vacilar abrió la portezuela y saltó al campo con su caja de herramientas. Mientras le silbaban las balas, y sin levantar la cabeza, recompuso el carro. ¡Ya está!, gritó triunfalmente. Saltó otra vez al volante y enfiló a las filas republicanas, abriendo fuego y dispersando otra vez a los caballistas rebeldes. Y continuaron la retirada.

Pasado el pueblo, la evacuación se convirtió en fuga. Unos destacamentos de caballería rebelde, en rápido movimiento envolvente, bordearon el pueblo, sembrando el pánico y abandonando los carros. Bigornia vio desesperado cómo sus camaradas le dejaban solo. Llorando de rabia, cogió su caja de herramientas y martillo, se metió en un tanque abandonado, desmontando ametralladoras y piezas esenciales y transportando la munición a su tanque. Al terminar la faena, le silbaban de nuevo las balas en la cabeza. Más adelante encontró otro tanque miliciano al que no le dio tiempo más que de dinamitarlo.

Con la presión de la persecución en el cogote anduvo una hora por aquellos parajes con aquel armatoste. Una sensación angustiosa de muerte y desolación predecía al Ejército Nacional.

Bigornia, agotado se adormecía con el runruneo monótono del motor en aquella paramera interminable. Ni un ser humano, ni indicio de vida en cuanto le alcanzaba la vista. En un recodo una figurilla minúscula le salió al paso. Era una chiquilla, a la que cogiendo en brazos, se dirigió hacia donde le señalaba. Encontró a su madre y su hijuelo desfallecido. Bigornia cargó con los chiquillos y volvió al tanque con la madre apoyada en su brazo. Hizo una camita a la chiquilla entre los soportes de una ametralladora, colocó a la madre a su lado, junto al volante y le puso en el regazo al pequeñuelo.

Echa la cabeza en mi hombro y duérmete, le recomendó. La pobre mujer le obedeció y Bigornia sitió en su piel desnuda y febril la caricia de aquella cara fina y fría. Rebuscó en su morral de campaña y encontró unos pedazos de pan, que repartió entre madre y chiquillos, que revivían y le sonreían agradecidos. En el primer pueblo encontraron los restos dispersos de las milicias, que oficiales y comisarios políticos intentaban reagrupar después de la derrota, para establecer nueva línea de resistencia. Ante las alarmantes noticias del fracaso, habían sido enviados a toda prisa desde Madrid para contener la desbandada.

Bigornia salió del tanque y encarándose con los milicianos, les gritó: ¡Cobardes! ¡Cobardes! Le abrieron paso y sin volver la cabeza echó a andar con su paso de ogro. La mujer le seguía subyugada, llevando a rastras a sus hijuelos.

Luis, el comunista del cuartel de la Montaña, le salió al paso: ¿Qué es esto, Bigornia? En pecho y gorrillo del cuartel lucía las tres estrellas de comandante. Bigornia le miró de arriba abajo: ¿Qué a dónde voy? ¡A mi casa! ¡A esperar allí a los fascistas! ¡Aquí no hay más que cobardes!

Se llevó consigo a Isabel y sus dos pequeñuelos. Antonia, la mujer de Bigornia, recibió bien a los niños y mal a la madre. Su instinto adivinaba que aquella intrusa era peligrosa a pesar de su aire compungido y ánimo angustiado. Isabel vivía en un pueblecito de Extremadura con su marido, que se alistó en una tropilla de milicianos mal armados para cortar el paso a los rebeldes. Perseguida siempre por el horror de la guerra, había llegado huyendo hasta aquella hondonada, al borde del camino, donde la recogió Bigornia.

Bigornia se sentía vencido y viejo. Una morbosa ternura por aquella extraña mujer, que nunca antes había experimentado, le infundía el temor de que mostrase su debilidad, que ocultaba con sus brusquedades. Flaqueza, que era la razón biológica de que Isabel respondiera al afecto con que Bigornia procuraba envolverla, permaneciendo insensible, fría, distante, encerrada en el culto a su hombre joven, que perdió en la guerra, cerco que no conseguiría desterrar jamás. A Antonia, su orgullo de mujer enamorada le hacía reaccionar desesperadamente al desdén insufrible de la intrusa. Procuraba despertar una inclinación, cuya inexistencia consideraba más insufrible que la infidelidad.

Al fin vendrían las armas necesarias: cañones, tanques y aviones de Rusia, la patria del proletariado. Hacían falta hombres expertos y valientes, que se encargasen del nuevo material. Bigornia se dejó subyugar.

Había perdido su vieja fe en el pueblo en Extremadura, viendo a obreros y campesinos armados huir como borregos delante del ejército. Sus utopías anarquistas se esfumaron cuando por primera vez se sintió deseos de ser un déspota con fuerza para fusilar a millares de milicianos que se negaban a batirse. Sus ilusiones libertarias acabaron al contacto con militares rusos. Sintió cien veces el anhelo de rebelarse contra la disciplina de hierro, que los comandantes rusos imponían con inhumana frialdad. Vejo, vencido, desconcertado, se sometió a la presión autoritaria, que ejercían los militares rusos sobre los proletarios españoles.

Ya en el tanque ruso dijo al suboficial ruso: Vamos a ir juntos. Yo conduzco y tú mandas. Pienso seguir adelante hasta que tú tengas miedo. Cuando no te atrevas a seguir adelante, me lo pides y volvemos ¡Antes no!

La primera sección de tanques rusos que entraba en campaña se puso en marcha aquella misma tarde. Al anochecer, desfilaban los tanques por las calles de Madrid, rodeados de una multitud, que los aclamaba con entusiasmo delirante. Bigornia iba al volante de uno de ellos y el suboficial ruso sacaba el cuerpo por la torreta de combate, saludando a la multitud con los puños levantados.

Se dio orden de ataque. Tras ellos debían ir las columnas de milicianos. En el primer avance el enemigo, desconcertado por la aparición de tanques, abandonó sus posiciones, siendo ocupadas por la infantería leal. El frente rebelde había sido perforado. Se dio orden de continuar para envolver a los rebeldes, que se habían hecho fuertes en las posiciones rebasadas por los tanques, en las que quedaban aislados; pero los núcleos enemigos, a la desesperada mermaban a los atacantes. Los tanques seguían su avance sin

encontrar enemigos; mientras, las guerrillas milicianas, barridas por ametralladoras rebeldes sufrían tantas bajas que comenzaron a flaquear y ser aplastados en los accidentes del terreno. Tras el tanque de Bigornia iba una compañía mandada por el comandante Luis, la cual a medida que avanzaba se quedaba en cuadro. En una rápida maniobra con el tanque Bigornia dio dos o tres vueltas por el pueblo segando a los fascistas que se arremolinaban desconcertados. Pero los fascistas se subieron a los tejados, volcando un bidón de gasolina a su tanque, prendiéndole fuego. Bigornia con las ansias de desesperación conseguiría desatranca el tanque y reanudar la marcha. Pisó por última vez el acelerador con la crispadura de la muerte, y el tanque, tras dar terribles bandazos, se quedó empotrado en una zanja.

Cuando acudieron los milicianos el fuego se había extinguido. Sacaron del interior del tanque dos cadáveres casi carbonizados, el del suboficial ruso y el del comandante Luis. Del volante arrancaron, dejándole malherida la piel de las manos, una forma humana tumefacta y monstruosa, que aún daba señales de vida: Bigornia. Lo transportaron a un hospital de Madrid, donde vanamente le asistieron.

Sucumbió sintiendo llorar a ambos lados de su cama a dos pobres mujeres. Pag 217-254.

Consejo obrero

Daniel se levantó furioso y dijo: Pido la palabra.

No hay palabra, respondió el presidente ... pero bueno, habla.

Y con rabia feroz Daniel comenzó: he pedido la palabra ante el consejo obrero para mentarle la madre al camarada presidente, que es un hijo de perra y después ...

Allí se acabó la sesión del consejo. Salieron a relucir las pistolas y todos se precipitaron manoteando sobre el provocador, que acorralado les miraba de uno en uno con ojos centelleantes. Llovieron insultos sobre él: ¡Fascista! ¡Amarillo! ¡Lacayo!

Daniel con la espalda en la pared acechaba dispuesto a saltarle al cuello al primero que le pusiera la mano encima. Su torso recio, cara congestionada y manos encallecidas infundieron respeto. No le tocaron. Fue reculando sin perder la cara a sus enemigos, ganó la puerta y salió. Al llegar a la verja de la fábrica, se volvió y escupió: ¡Hijos de perra! Los guarros no han querido oírme, dijo a su amigo Bartolo.

¿Entonces el sábado a la calle?, le preciso Bartolo. Que se enteren tus vecinos de que te han despedido de la fábrica por fascista y verás lo que tardan las milicias en echarte la mano y darte un paseo.

Daniel sugirió a su amigo seguir yendo al trabajo, mientras nos dejen; volver al consejo obrero; discutir, patalear; y si hace falta partirlas la cara a esos canallas de delegados; todo menos consentir que nos tiren como ratas muertas. Si un consejo obrero te echa de la fábrica, lo de menos es que te quedas sin jornal. ¡Es que te matan al volver de la esquina!

Desengáñate, Daniel. Necesitan las plazas para los parados del sindicato, para los suyos, para sus protegidos. Y a lo mejor te matan sólo para que haya una vacante. Más vale dejarla por las buenas y salvar el pellejo.

¡A mí por qué me van a matar!, vociferaba frenético Daniel.

Porque eres un lacayo de la burguesía, se apresuró a decir Bartolo.

Es igual. ¿Por qué mató la Guardia Civil a todos los que los patrones quisieron? Porque no estaban del otro lado, no se sometían, o se humillaban. Pues lo mismo te exigen ahora los del sindicato para no matarte: que te sometas, te humilles.

Pero yo gano mi jornal trabajando.

Sólo hay un medio para salvarse, Daniel, y voy a intentarlo. Verás. Los delegados del consejo obrero, socialistas y comunistas casi todos, no consienten que vivan y trabajen más que los obreros revolucionarios, y ni tú ni yo lo somos; al contrario, nos acusan de fascistas ...

Yo no lo he sido nunca, precisó Daniel.

Es lo mismo. Estabas sometido al patrón, reconocías su autoridad, acatabas su derecho, te plegabas a sus caprichos, obedecías ... No te van a aceptar nunca los socialistas ni los comunistas. Hazte anarquista; no tenemos otra salida. Hoy, el obrero que no tenga carné de un sindicato revolucionario es

un paria, al que cualquier miliciano puede matar como a un perro. No son mala gente; con ellos es posible entenderse; basta con hablarles al corazón. Nos sermonearán, nos asustarán un poco, pero si se emocionan, si nos creen capaces de redención, nos abrirán los brazos. A los anarquistas les gusta mucho redimir a la gente. Llevan ya muchos señoritos fascistas redimidos, le decía Bartolo, mientras le guiñaba un ojo y añadía en voz baja: redención a metálico, ¿sabes?

Los anarquistas sabemos reconocernos el corazón, si hace falta, para cumplir nuestro deber revolucionario. Lo que esos jovencitos comunistas, que presumen de coraje, no se atreven a hacer, aquí está el viejo Felipe, anarquista, dispuesto a hacerlo en bien de nuestros sagrados ideales. Aunque el corazón se me salga por la boca. Daniel tuvo una sensación aguda de malestar. Su sana y fuerte vitalidad repugnaba el contacto con aquel ser patológicamente débil y morbosamente cruel. Bartolo, contemporizador, llevó la conversación a donde a ellos les convenía. El viejo Felipe se dejó convencer fácilmente y les llevó a la secretaría, donde otro camarada les hizo llenar unas fichas y les dijo que tenían que aguardar la decisión del responsable, que vino tarde. Los responsables anarcosindicalistas siempre llegan tarde a todas partes.

Felipe se marchó dejando a Daniel y Bartolo recomendados. Él les garantizaba. El responsable acogió a los dos obreros, escuchó sus pretensiones, frunció el ceño y les echó un discurso terrorífico y condicionado: les aceptaría provisionalmente, si daban *su palabra* de no ser fascistas.

Daniel la dio abiertamente y Bartolo con ciertas sutilidades y salvedades sobre su pasado.

El pasado no nos importa, dijo solemnemente el responsable; todos los hombres se pueden redimir. Por incultura o hambre es posible haber perdido todo, hasta ser criminal, fascista ... Lo importante es que la conciencia proletaria despierte algún día ...

Salieron con su carné de sindicalistas en el bolsillo. Por primera vez desde que comenzara la Guerra Civil caminaban sin miedo por calles oscuras y ante el control de los centinelas milicianos, dejándoles paso franco. Daniel y Bartolo volvían a ser hombres.

Ya en casa, Daniel apartó la comida con desgana, sacó su flamante carné de sindicalista, cogió lápiz y papel y mascándose la lengua, escribió lentamente: *Al consejo obrero de la Metalúrgica Madrileña, S. A.: Reclamación del obrero tornero Daniel López, afiliado a la CNT, al que se ha despedido injustamente ...*

¿Y se nos van a escabullir esos canallas?

El camarada Carlos, secretario del comité ejecutivo del consejo obrero, tiró con rabia sobre la mesa de la gerencia la reclamación del tornero Daniel.

¿Qué dice?, preguntó Esteban.

Que no ha sido nunca fascista, que no se le puede acusar más que de haber defendido su jornal ...

¡Traicionando a sus compañeros!

... para dar de comer a sus hijos...

¡Yo también tengo hijos y se han quedado sin comer!

... que si él ha hecho alguna huelga, todos los delegados del consejo obrero han hecho también traiciones ... como puedo demostrar caso por caso ...

¡Es un canalla! Se ha afiliado a la CNT, que defenderá su derecho de proletario. ¿Qué te parece?

¡A ese tío hay que darle un paseo esta misma noche!

¿Y Bartolo?

Ese es más zorro y tiene más miedo. Comunica al consejo que, no obstante haberse afiliado a la CNT, está dispuesto a ceder su plaza en el taller a otro compañero más cualificado por su actuación sindical. Pide sólo que si se le despide se le dé un certificado firmado por el consejo obrero, que le permita buscar trabajo en otra fábrica.

¡Hay que echar a los dos! Utilizaremos nuestro servicio de información para completar sus fichas y apabullar a los la CNT, que procurarán defenderlos. Han caído en nuestras manos los ficheros secretos de afiliados a Falange.

Lo que Daniel quería decir a toda costa y no sabía era la indignación que a borbotones sentía hervir en su pecho contra aquella *inhumana injusticia* de la revolución, que quería hacer con él.

Yo no he sido nunca revolucionario, decía, pero tampoco tenía obligación de serlo. Nadie me puede llamar traidor a la revolución porque nunca me había comprometido a hacerla ni ayudarla.

Daniel bajó el tono. Yo servía al patrón ... La fábrica era suya; él mandaba y nosotros los trabajadores obedecíamos. Procuraba estar a buenas con él. Vosotros luchabais; yo no; vosotros queríais mandar; yo me había resignado a obedecer. Vosotros queríais ser dueños de la fábrica; yo no lo he soñado nunca. ¡Ya sois los amos! ¡Ya mandáis! No os pido más que me dejéis vivir y trabajar, como me dejaba el patrón. No os discuto la victoria, no os reclamo una parte. Yo no era de los vuestros, no estaba en vuestro sindicato, pero tengo derecho a la vida y al trabajo. ¡No vais a ser peores que los burgueses!

Yo siempre he estado solo. Solo en medio de la calle, luchando con hambre y miseria, me hice hombre; solo aprendí mi oficio y solo tuve que defenderme contra los patrones que me explotaban. ¡A nadie le debo nada! ¿Qué me pedís? ¿De qué me acusáis ahora?

Un hombre como Daniel era el peor enemigo de revolución y dictadura del proletariado. Había que acabar con él. Les detenía el escrúpulo de que no se le había podido encontrar por ninguna rastro alguno de actividad contrarrevolucionaria. No había sido fascista, ni había pertenecido jamás a ningún sindicato amarillo. Se había limitado a desconocer y desacatar las organizaciones proletarias de lucha de clases, a no secundar huelgas y procurarse mejoras económicas trabajando a destajo o en horas extraordinarias, contrariando los acuerdos e intereses sindicales. Daniel había sido siempre enemigo de la organización. Su rebeldía contra la disciplina proletaria y su desdén por los líderes obreristas estaban bien probados. Pero, a pesar de todo, era obrero y proletario cien por cien. No era ni *cuchillo para los trabajadores*, ni

lacayo de la burguesía. ¿Tenían derecho a condenarle quienes en nombre del proletariado hacían la revolución y administraban justicia revolucionaria?

Todos, en el fondo de su conciencia, sabían que no. Sin embargo, le condenaron por miedo. Miedo a la libertad. El miedo odioso del sectario al hombre libre e independiente. El día en que el consejo obrero expulsó del taller al obrero tornero Daniel, se perdió la causa del pueblo. Se perdió, porque el consejo obrero de una fábrica había tomado el acuerdo de expulsar a un obrero por el delito de haber defendido su libertad.

Antes de terminar la jornada, cuando oscurecía, se presentaron en la fábrica media docena de milicianos. Bartolo se deslizó hábilmente antes de que lo advirtieran y se escabulló, amparándose en el despacho de Jorgito, el administrador. ¡Sálveme! ¡Vienen a buscarme! ¡Me matan!

Jorgito se desplomó en su sillón. ¡Me matarán a mí también!

¡Sálveme! ¡Déjeme telefonar! Con palabras atropelladas y patéticas, Bartolo avisaba al sindicato anarquista que una patrulla de milicianos comunistas se lo quería llevar para matarle y pedía que le protegiesen.

Un miliciano, pistola en mano, le amenazaba.

¿A qué vienen Vds aquí?, se interpuso don Jorgito. Es un obrero de la fábrica al que no entregaré sin una orden del consejo obrero.

Ese se viene con nosotros y tú, si te opones, también, repuso el jefe de la patrulla.

¡No me han matado, don Jorge, no me han matado! ¡Me ha salvado Vd! Contó como pudo que los milicianos comunistas se lo llevaron a un pabelloncito de la Casa de Campo, sometiéndole a un interrogatorio sumario. Creí que no lo contaba. A poca distancia de aquel pabelloncito es donde fusilan a la gente. Ya me daba por muerto, cuando se presentó una patrulla de milicianos anarquistas. Los de mi sindicato, prevenidos por mi llamada telefónica iban a rescatarme; me arrancaron de las garras de los comunistas. *Este obrero es de nuestro sindicato y se va ahora mismo en libertad. ¿Hay quien se atreva a oponerse? ... Estás libre compañero. Largo de aquí.* Anarquistas y comunistas se quedaron discutiendo, pero yo he salvado el pellejo.

Don Jorgito cogió y estrechó las manos de Bartolo con ansia, las cuales tenían un sudor frío, que le produjo espanto.

Bartolo salió a la calle con el corazón estremecido y respiró a pleno pulmón. Unas sombras se le acercaron y una voz conocida, que le heló la sangre en las venas, le dijo fríamente: ven con nosotros. Nos has engañado. Te admitimos en nuestro sindicato porque nos dijiste que estabas a nuestro lado; negaste en el consejo obrero que fueses fascista; te creímos y hemos ido a arrancarte de las manos de los comunistas; y ahora resulta que eres un traidor, un fascista canalla, que se infiltraba en nuestra líneas para vendernos; vas a pagar tu traición con la vida.

¡Yo no soy fascista!

Mira este trozo de cartulina. Tu ficha sacada de los ficheros de Falange Española. ¿Eres tú ese?

Bartolo, anonadado, sintió en la nuca un contacto frío y casi simultáneamente un latigazo en los sesos que le hizo saltar en chiribitas su pobre vida de miserias, trabajos, anhelos y traiciones. Allí quedó con la cara sobre el césped húmedo.

Don Jorgito, en su alcoba, al meterse entre las sábanas, sentía el halago de su conciencia satisfecha, que le arrullaba el sueño.

Daniel, expulsado del taller por *inorganizado*, vagabundeaba por la ciudad asediada, en busca de un pedazo de pan para sus hijos. Durante unos días, creyó que le esperaba el mismo fin que a Bartolo y contra maestros de la fábrica. Le matarían; entonces pensaba en llevarse por delante a cuantos enemigos pudiese. Morir, bueno. Pero morir matando. Se procuró una pistola y durante varias semanas vagó al azar con la pistola en el bolsillo y del dedo en el disparador. Cuando se cruzaba con grupos de milicianos, los encañonaba sin sacar el arma del bolsillo. Receloso y hambriento pasaba por delante de cuarteles de milicias y ateneos libertarios, en los que veía con rabia y envidia abundante y apetitosa comida. Empujado por el hambre merodeaba en torno a aquellos hogares improvisados por la revolución, de los que se sentía proscrito comoapestado. ¿Por qué? ¿No era también él hijo del pueblo?

Un día vencido por el hambre, aflojó la mano crispada de la pistola y entró a pedir un trozo de pan.

El pan, le dijo enfáticamente un comisario comunista, es para los hombres que luchan por la revolución.

Yo soy proletario dispuesto a luchar por pan y libertad.

El comunista le miró receloso. ¿Todavía un fascista emboscado? ¡Bah!, un pobre hombre sin conciencia revolucionaria. Para ir a morir al frente servía. Le pusieron en una mano un plato de comida y en la otra un fusil.

Daniel, convertido en miliciano de la revolución luchó como los buenos. Murió batiéndose heroicamente por una causa que no era la suya. Su causa, la de la libertad, no había en España quien la defendiese. Pag 257-284.

El refugio

En el refugio la vida se les hacía imposible. Los aviones fascistas bombardeaban la villa a cada hora y en ocasiones los cuatro toques de sirena que anunciaban el cese del peligro eran seguidos de una nueva señal de alarma, porque otra escuadrilla de aviones fascistas relevaba a la que se alejaba, tras derramar su mortífera carga sobre las viviendas hacinadas de los barrios populosos, en cuya entrañas se apiñaba estremecida una abigarrada muchedumbre, que, a pesar de la orden de silencio en los refugios, promovía una algarabía formidable, en el que destacaban llantos de niños, voces broncas de padres y gritos histéricos de mujeres, que clamaban a todos los santos contra aquel castigo, que les llovía del cielo.

Los chicos, que conocían de sobra el camino del refugio, atravesaban la calle en dos saltos y se metían bulliciosos en el sótano, contentos de encontrarse reunidos con los demás chicos de la vecindad en aquel estrecho recinto, que tenía para sus imaginaciones infantiles el prestigio de un misterioso subterráneo de algún palacio encantado.

Una bomba de 150 kgs, lanzada por un avión fascista, cayó sobre el tejado del refugio, traspasó como si fueran papel los pisos del caserón y explotó sobre las cabezas de medio millar de seres hacinados en sus sótanos. Tembló la tierra, como si sus entrañas se hubiesen desgarrado; tejas, ventanas y chimeneas fueron escupidas al cielo ...

El caserón se había desplomado, no quedando de él más que un montón ingente de cascotes, vigas de hierro retorcidas, maderos astillados y planchas de cemento cuarteadas. Debajo había medio millar de seres humanos: todos los infelices, que se habían refugiado en el sótano.

Un padre con el rostro cubierto de sangre, ropas en jirones y manos destrozadas, removía enloquecido furiosamente ladrillos e hierros retorcidos, gritando: ¡José Mari! ¡Chomin! ¡Iñasio! ¡Carmenchu!

Los primeros vecinos en llegar le sujetaron, porque pretendía mover él solo los enormes bloques que tapaban lo que fue entrada al refugio. El equipo de salvamento consiguió apartar los enormes bloques de cemento, que habían sepultado la vida a tantos seres infelices.

Una mujer llevaba en brazos a un niño de dos años con ojos azules muy abiertos y bracitos colgando, al que vanamente intentaba reanimar con sus besos. Se lo quitaron del regazo antes de que se diese cuenta de la inutilidad de sus caricias.

Quienes salieron de pie por aquel agujero no llegarían al medio centenar. Luego en el refugio debería haber más de 400 personas.

La madre fue la primera que advirtió con sus ojos voraces la camilla, en la que traían a sus dos hijuelos: José Mari y Chomin, abrazados para siempre, como cuando se dormían en la cunita: las cabezas juntas, los brazos de José Mari, el mayor, cubriendo el cuerpecillo menudo del pequeño Chomin. Los vio un

instante y cayó fulminada, como por un rayo. Unos vecinos se la llevaron de allí, por lo que no vio cómo sacaban a puñados el cuerpo de Iñasio. El padre sí lo vio, palpando con sus manos temblorosas aquella cabecita tierna espantosamente machacada. Cuando se lo quitaron de las manos, se quedó anonadado e insensible.

Pero ¿y su hija Carmenchu? Apartó furioso a los que estaban delante de él y se metió en el agujero, gritando: ¡Mi hija! ¡Mi Carmenchu!

Quisieron llevárselo de allí, pero no había fuerza humana capaz de arrancarle. Debatándose con quienes le apartaban, se acercó a su hija. Tenía el cuello doblado en escorzo difícil y reposaba la cabeza sobre una viga de hierro, que quedó cogida entre dos enormes bloques de cemento, uno de los cuales presionaba el tierno cuerpecillo.

¡Carmenchu!, volvió a gritar su padre. A la luz deslumbradora del acetileno se vio lo inconcebible. La niña había abierto sus ojos y movido sus labios.

Su padre y los presentes gritaron: ¡está viva! ¡Está viva!

Con fuerza insospechable, su padre apartó hierros y maderos, que le separaban de su hija y alargó las manos temblorosas hasta tocar su cabellera rubia. La niña sintió la caricia y plegó los labios como si sonriese. ¡Vive! ¡Vive!, gritaba el padre estremecido e pies a cabeza.

¡Papá!, dijo Carmenchu, ¡Papá, sácame de aquí!

Juntaron todos sus esfuerzos y desbloquearon a la niña de su aprisionamiento. La reanimaron con inyecciones ... y la niña abrió los ojos y sonreía a su padre. Pero el médico suspendió de improviso su exploración de las heridas, pulsó la muñeca de Carmenchu, que colgaba inerte, y se irguió sin decir palabra. El padre le miraba fijamente a los ojos sin atreverse a preguntar.

Las sirenas marcaron insistentes la señal de peligro y las cuadrillas de trabajadores se retiraron a los refugios. En unos segundos quedó desierta aquella vasta extensión de ruinas, donde los hombres, como hormiguitas, se afanaban por salvar vidas, que otros hombres se obstinaban en destruir. Sobre aquella desolación de escombros sólo quedó el padre sentado en un cascote con el cadáver caliente de su hija entre brazos.

Pronto se sintieron las formidables explosiones que desgarraban las entrañas de la población. El padre con su hija en brazos permanecía absorto, indiferente al espantoso desencadenamiento de todas las potencias de destrucción, provocado por aquella monstruosa concepción de la guerra total.

Cuando los bombarderos arrojaron su carga sobre las vulnerables viviendas urbanas, se lanzaron sobre ellas los pequeños aviones de caza, que volando a ras de tejados, barrían las calles con el plomo de sus ametralladoras.

Un avión escupió sobre la figura del padre con su hija en brazos, que parecía petrificada, la rociada de plomo de su ametralladora. Las balas fustigaron aire y tierra en torno suyo, pero el hombre no se movió. El dolor le había hecho invulnerable e invencible. Pag 287-299.

Hospital de sangre

Las sirenas rasgaban el alba con su estridente silbido anunciando que los aviones alemanes venían a sembrar una vez más la muerte en Bilbao. Los heridos de ayer despertarán sobresaltados y querrán tirarse de sus lechos, impulsados por sus febriles reacciones de terror o ira; retumbarán otra vez los estampidos de las bombas y, como siempre, vendrán las ambulancias con cargamentos de carne desgarrada, seres mutilados, monstruos horrendos a los que hay que conservar la vida, que se les escapa por las brechas abiertas en sus pobres cuerpos cribados por la metralla.

Cada hora los aviones alemanes bombardean barrios populosos y objetivos militares, que les van señalando con meticulosa precisión los espías.

La misma monjita de la planta había descubierto más de una vez manejos de espías en pasillos, salas de hospitales y cabeceras de moribundos con señales de inteligencia entre cómplices, cuchicheos sospechosos o traspasos furtivos de mensajes, los tenues hilillos con que se teje la red de espionaje.

El pobre Juanón está furioso y tiene motivo para estarlo. La metralla le ha puesto el cuerpo hecho una criba, tiene heridas por todas partes, ha perdido un ojo y un brazo. ¡Era el dinamitero más bravo de Asturias y se siente morir como un perro! ¿Cómo quiere que no blasfeme?

Este es un hospital de religiosas. ¿Por qué no se han quedado Vds en el hospital laico?

El blasfemo que estaba a la escucha se incorporó furioso.

Las enfermeras laicas son peores que las beatas. Son todas fascistas, Espías fascistas a las que deberíamos ahorcar en racimos. Venimos aquí porque tenemos derecho a que nos curen y blasfemamos porque nos da la gana. Así que a callar.

¿Qué le pasa a ese?, gruñó Juanón.

Cállense. No ya por nosotras, sino por sus propios camaradas, terció la monja. Los que vienen a este hospital son casi todos católicos y han dado su sangre como vosotros en la lucha contra el fascismo. ¿Por qué habéis de hacerles sufrir con vuestras blasfemias?

¡Todos carcas! Más valía que supieran batirse con coraje en vez de ir rezando el rosario mientras corren, replicó Juanón.

Un hombre alto y escuálido, todo huesos y pellejo, nariz grande y boca sumida y brazo derecho en cabestrillo echó la garra que le quedaba libre al pecho del asturiano, lo levantó en vilo cogiéndole por el vendaje y le dijo, arrimándole su nariz, que parecía una proa, a la pupila febril: Tú nada tienes que decir de los *gudaris*. Un *cashero* de Euzkadi cristiano viejo pelea contra los fascistas como cualquier asturiano *loco, vano y mal cristiano*. ¿Entiendes?

Los labios contraídos de Juanón seguían blasfemando. Tenía las mandíbulas encajadas y una espuma pastosa se le juntaba en las comisuras de los labios. La monja limpió con un pañuelo la baba de aquellos labios blasfemos

y puso su mano fría sobre la frente abrasada de Juanón. La monja sentada al borde la cama rezaba por él. Los labios de uno y otra se movían silenciosos en una común y distinta apelación.

La monja se levantó calladamente se fue a su bufetillo, sacó del pecho la carta a medio escribir y reanudó el lento rasgurar de la pluma sobre el plieguecillo.

Mi fe, cada día más firme, escribía, me aparta más y más de los que en nombre de Dios cometen tales crímenes y me aproxima a los desgraciados que ignorantes de Él y aun blasfemando de su Santo Nombre son víctimas de esta horrible guerra ...

Sonó distante el silbido de una sirena que anunciaba la alarma del nuevo día, que apenas apuntaba. Hubo un torpe y sobresaltado removerse en todo el dormitorio.

¡Ya están aquí otra vez!, gruñó un herido.

A otro que se incorporaba, le preguntó la monja: ¿a dónde va, hermano?

El hombre la miró estúpidamente y sin decir palabra se volvió dócil a la cama, se tapó la cabeza con la almohada y se hundió en la inconsciencia.

Súbitamente sonó un estampido formidable, que hizo vibrar el edificio desde sus cimientos y pobló el ámbito con una densa masa de ruido.

Juanón, saltó de la cama, como disparado por un resorte: ¡Les bombes! ¡Les bombes! Quiso correr, tropezó y cayó de cara contra el suelo, dando un golpe seco, que sonó a macizo. La monja intentó levantarlo. Inútil. Arrodillada a su lado estuvo rezando hasta que se lo llevaron.

... Que Dios ponga acierto en sus decisiones para que nos libre pronto de este infierno. Así lo pido en mis oraciones, en las que a toda hora le tengo a Vd presente ...

Firmó y escribió la dirección en el sobre: *Señor don Indalecio Prieto. Ministro de Defensa del Gobierno de la República. Valencia. Pag 304-311.*